

INMIGRACIÓN EUROPEA, ARTESANOS Y FORMACIÓN DEL CAPITAL EN LA TEMPRANA INDUSTRIALIZACIÓN DEL URUGUAY, 1870-1914: LOS INMIGRANTES ESPAÑOLES Y EL SISTEMA COMANDITARIO-FAMILIAR. EL CASO DEL LIBRERO Y EDITOR ANTONIO BARREIRO Y RAMOS (1851-1916)

ALCIDES BERETTA CURI

El estudio se inscribe en una investigación de largo aliento sobre los procesos de ahorro y acumulación, en el seno de la inmigración europea radicada en la ciudad de Montevideo, en el período 1870-1914. El caso que se presenta se corresponde con un formato muy difundido en las comunidades españolas en América: el sistema comanditario. La investigación revela que también en Uruguay esta modalidad se aplicó con mayor frecuencia que la estimada. El texto se sustenta en la indagación realizada en los fragmentos que subsisten de dos archivos privados —empresarial y familiar— de un inmigrante de origen gallego, de destacada actuación en el medio.¹

I

INMIGRACIÓN EUROPEA Y ACTIVIDADES ARTESANO-INDUSTRIALES EN LA REGIÓN AUSTRAL DE AMÉRICA

1. 1. LA PRESENCIA DE LA INMIGRACIÓN EUROPEA

Se estima que entre 1870 y 1913 emigraron alrededor de 60 millones de personas, desde una Europa en la que escaseaban los recursos naturales pero abundaba la fuerza de trabajo, hacia países de América y Oceanía, como Argentina, Australia, Brasil, Canadá, Estados Unidos y Nueva Zelanda, que poseían abundantes recursos naturales, pero carecían del contingente de trabajadores suficiente. Estos migrantes procedían tanto de los países más desarrollados de Europa (Alemania, Francia e Inglaterra) como de aquellos situados en la periferia europea de la época (países escandinavos, España, Italia, Polonia, Portugal, Rusia y otros).

Kevin O'Rourke y Jeffrey Williamson han explicado estos desplazamientos en función de diferencias salariales. En la década del setenta del siglo XIX, los salarios italianos eran el 22 % de los salarios de Estados Unidos, el 49 % de los argentinos

¹ Agradezco a Pablo Rocca los comentarios al texto, así como los aportes de dos artículos de su autoría.

y el 42 % de los alemanes. En la década anterior a la primera guerra mundial, las cifras italianas correspondientes eran 28, 48 y 54 % respectivamente. Los salarios españoles en la década de 1870 eran solo el 23 % de los estadounidenses y el 52 % de los salarios en Argentina. En la década anterior a la primera guerra mundial, las cifras habían retrocedido al 18 y el 32 % (O'Rourke y Williamson, 2006). En 1913, el ingreso per cápita de Argentina era alrededor de un 30 % superior a los ingresos per cápita de España e Italia. Por consiguiente, para estos autores, la situación generó fuertes incentivos económicos para emigrar hacia Argentina. En Uruguay los ingresos promedio eran superiores a los de España e Italia, al igual que en Chile, por lo que estos dos países se presentaron como destinos de interés para quienes procedían de esos lugares de Europa (Solimano, 2003).

Por cierto, otras líneas argumentales concurren a la comprensión de este fenómeno tan prolongado como complejo. Sin embargo, no ingresaremos aquí a esas consideraciones ya que el análisis a partir de las diferencias salariales, entre el país de emigración y el de destino, brinda un marco apropiado al argumento de este texto, respecto al papel del ahorro sobre el salario en la formación del capital en el sector artesano-industrial uruguayo.

1. 2. INMIGRACIÓN EUROPEA Y EMPRENDIMIENTO

La ubicación geográfica de los europeos se concentró en aquellas regiones de mayor desarrollo de la actividad económica. Quienes contaron con cierta cualificación se encontraron en mejores condiciones para realizar ahorro e independizarse. Por otra parte, los cambios que se fueron procesando en las sociedades latinoamericanas concurren al desarrollo de capacidades emprendedoras latentes. Los colectivos inmigrantes, en estas décadas, fueron el principal factor en la forja de una cultura del trabajo y del emprendimiento. La consideración de este perfil se alinea con los planteos de Mark Granovetter (1985), que cuestiona la perspectiva de análisis que relega a un plano secundario la acción del emprendedor.

Santiago, Valparaíso y Concepción, en Chile, fueron los lugares preferidos por los inmigrantes. Un caso especial lo constituye el primer puerto de Chile, Valparaíso, que experimentó un extraordinario crecimiento durante el siglo XIX. Se ha señalado que los italianos, pese a conformar contingentes demográficamente inferiores a los españoles, tuvieron una mayor representación industrial. Esa superioridad también se advierte en el monto de capitales invertidos. Llama la atención la escasa participación de los ingleses, así como la elevada presencia de los franceses a pesar de ser el grupo de europeos más pequeño en las cifras (Estrada, 1993).

En la provincia de Buenos Aires la inserción laboral y los procesos de ahorro se registraron en el marco de redes parentales y amicales. Al respecto, Mónica Bartolucci (2001) analiza la trayectoria de 83 constructores italianos llegados a la ciudad de Mar del Plata entre 1874 y 1920, así como los modos de acumulación de capital que les permitió evolucionar de la condición de artesanos cuentapropistas

a pequeños empresarios fundadores de empresas familiares. Por su parte, el estudio de Barbero (2009) sobre el Grupo Devoto rescata el papel de las redes y de los vínculos en la comunidad inmigrante italiana, en la actividad emprendedora, la formación de grupos económicos y su vinculación con el capital financiero. En la década de los ochenta del siglo XIX, la expansión de la agricultura —asociada a la presencia de la inmigración europea— y el crecimiento urbano se acompañaron del desarrollo de actividades de transformación, fundamentalmente sobre la base de materias primas locales. El departamento de Rosario (provincia de Santa Fe) reunía la mitad del capital invertido en la industria santafesina y el mayor número de establecimientos (con predominio de talleres y pequeñas fábricas). Los establecimientos se caracterizaban por la baja dotación de capital y por ser intensivos en mano de obra. La presencia de la inmigración era dominante tanto en los asalariados (en 1887, el número de trabajadores ascendía a 13.256, de los cuales, dos tercios eran extranjeros) como en el sector patronal (86 %) (Kofman, Lanciotti y Pérez Barreda, 2010).

El papel del trabajo y del ahorro como mecanismo de ascenso social se aprecia, también, en otras regiones de fuerte impacto migratorio, como San Pablo y Río Grande del Sur, en Brasil (Zanini y Oliveira Santos, 2009). La colonización en el sur generó una población excedentaria, que fue absorbida por el desarrollo industrial, impulsado por el capital mercantil en la última década del XIX e inicios del XX (Cunha De Almeida, 1992). Cardoso reconoce la importancia de la inmigración en el desarrollo industrial brasileño —el tránsito del *atelier* a la fábrica moderna— y el surgimiento del capitán de industria que siguió el curso histórico del *self-made man* (Cardoso, 1968). No menor, la incidencia de la inmigración europea en el desarrollo urbano y la expansión de grandes ciudades como San Pablo (González Martínez, 1997). Trabajo y ahorro trascendieron la esfera económica para proyectarse en la dimensión cultural, que Rossoli aprecia para la comunidad italiana en Brasil (Rosoli, 1994).

En Uruguay, el atractivo fue Montevideo. Las políticas liberales implementadas en materia de colonización e inmigración fueron determinantes para una mayor radicación de los inmigrantes —aun de muchos que ingresaron como agricultores— en la capital-puerto. Entre 1880 y 1910, los contingentes mayores fueron los italianos y españoles, seguidos a distancia por franceses, alemanes, ingleses y otras nacionalidades. En el medio urbano, los italianos estuvieron a cargo de talleres artesanales, pequeñas industrias y empresas fabriles. Los españoles realizaron su principal desempeño en el comercio —tanto de importación, principalmente en almacenes y bares—, pero también tuvieron una importante representación en la industria. Pese a la mayor radicación en el medio urbano, se registró una progresiva instalación en las áreas rurales en las proximidades de las ciudades y en los departamentos situados en el litoral platense y en el del río Uruguay, donde los europeos, principalmente italianos, expandieron una agricultura diversificada, que proveyó tanto el consumo urbano como de materias primas a la industria.

Por otra parte, el lento y desigual desarrollo del capitalismo en Hispanoamérica, y el predominio de economías agroexportadoras, dejaban un vacío respecto a determinadas actividades como la industria, que contaban con débiles o ningún antecedente en estos países.² En este contexto, numerosos inmigrantes con ciertas ventajas provistas por su experiencia laboral europea — conocimiento de oficios, cualificación como trabajadores industriales, tradición empresarial en el país de origen o propensión hacia el ahorro en sociedades donde estaba avanzado el desarrollo del capitalismo, etc.— desarrollaron iniciativas y capacidades emprendedoras ante las nuevas oportunidades que se presentaban en los países de destino.

1. 3. INMIGRACIÓN, TRABAJO, AHORRO Y RÉGIMEN COMANDITARIO

Interesa abordar en este texto, una modalidad generada en el seno de la comunidad empresarial española, resultante de la relación de las migraciones en cadenas y el ahorro: el régimen comanditario. Si bien el tema es mejor conocido para los casos de Cuba y México, se registró también en otros países del Caribe, el Río de la Plata, Chile, Brasil, y en otras latitudes donde la inmigración española estuvo presente.

Especialmente utilizado por los españoles en las redes comerciales, también se generalizó a las actividades industriales: un empresario español en ultramar facilitaba a parientes, amigos, vecinos, la emigración desde España para trabajar como empleados de quien los patrocinaba. Si bien la relación nacía en condiciones muy desiguales, el sistema presentaba beneficios para ambas partes. Las exigencias eran en general un tanto duras, ya que suponía, para el recién llegado, bajos salarios y alta dedicación. Grijalva lo describe como una explotación para acumular por parte del patrón, pero aceptada por el trabajador en consideración al beneficio a largo plazo:

Una vez establecido el tío; hermano u otro pariente que lo trajo, y con una buena posición económica, le permitía traer sobrinos, a los cuales mantenía en posiciones misérrimas, supuestamente para enseñarles a trabajar bien, mientras que él, «ahorrando» el sueldo de empleado, reinvertía y aumentaba su capital (Grijalva, 2005).

Bello recrea el desempeño del pariente llegado a América en la vida de la empresa. Un extenso recorrido que el patrón buscaba prolongar al máximo, antes de realizar algunas de las bondades del sistema:

Por lo general, primero se le contrataba como mozo, para que se encargara de tareas simples como la limpieza y el acarreo de mercancías. Con el paso del tiempo, se le promovía a dependiente de mostrador para que se encargara de la atención

2 En Hispanoamérica, el artesanado tuvo un desarrollo importante hasta la crisis del régimen colonial. Luego de la independencia, el sector enfrentó serias dificultades para su supervivencia, porque, entre otras razones, no alcanzó niveles de competitividad frente a las importaciones, ni logró transitar hacia una producción industrial.

a clientes. Una vez que el empleado había demostrado fehacientemente ser una persona honesta y capaz, se le nombraba socio comercial y, a partir de entonces, tenía derecho a participar en las utilidades del negocio. Cuando surgía la oportunidad de abrir alguna sucursal, los patrones solían asignar a alguno de sus socios comerciales para que se hiciera cargo de ella. Por lo general, en estos casos el patrón era quien aportaba el capital y el socio se encargaba de la administración del negocio (de ello se deriva el adjetivo de comanditario) (Bello Gómez, 2005: 16).

En estas condiciones se cubrían los años de estancia en el país «para poder obtener la calidad legal de residentes». Además, el patrón-pariente les retenía una parte de su sueldo para que cuando se independizaran pudieran contar con un pequeño capital y reiniciar la misma cadena, al convertirse ellos mismos en patrones (Ordóñez Gómez, 2008: 287).

En el caso de las sociedades comanditarias, Samuelle especifica que, una vez comprobado el interés del dependiente y sus cualidades singulares para el negocio, se le «otorgaban mayores poderes y se le nombraba Apoderado, paso previo al cargo de Apoderado General de la empresa. El escalafón seguía con la categoría de *socio gestor*, con responsabilidades de dirección en la sociedad por un lapso de diez a quince años, antes de ingresar a la categoría de *socio comanditario* o *socio capitalista* (Samuelle Lamela, 2000: 87).

En cuanto al empleado, la apetencia del reconocimiento patronal podía implicar en el futuro ser responsabilizado de una sucursal, o bien asociado a la firma. Según Bello Gómez:

El éxito del sistema comanditario se basaba en que el recién llegado tenía la esperanza de, si se esforzaba y sacrificaba en beneficio de la empresa, el patrón lo haría partícipe en el futuro de los beneficios de la misma, ayudándolo a establecerse por su cuenta (2007: 23).

Definitivamente, el sistema requería, para funcionar, de la mutua confianza de las partes en un contrato sustentado en el valor de la palabra empeñada. Para Maeztu, el éxito del sistema comanditario radicaba en:

... la confianza que tiene cada dependiente de que, si muestra actividad e inteligencia en su trabajo, llegará día en que se le interesará en el negocio, y otro en que su mismo principal le ayudará a establecerse por su cuenta, con lo cual le será posible el ascenso a una clase social superior a la suya. El que empieza barriendo una tienda a los trece o catorce años de edad, puede concebir la esperanza de ser dependiente de mostrador antes de los veinte, y habilitado antes de los treinta, y socio industrial antes de los cuarenta, y patrono algo después (2001: 191).

Bajo el término régimen comanditario se inscribían una variada gama de acuerdos y promociones, obligaciones y beneficios. Una de ellas era la *habilitación*, que implicaba la participación en las utilidades de una empresa mercantil o de una sociedad, y que no se sujetaba necesariamente a una firma social. En el caso de la sociedad comanditaria, se distingue entre el socio comanditado y el

comanditario. Este último tenía una responsabilidad limitada al capital aportado. Por otra parte, esta modalidad aseguraba al expatrón contra una competencia desleal, ya que el contrato inhibía esta posibilidad. Farina lo sustenta en que:

... el socio comanditario tiene libre y directo acceso a todas las informaciones y secretos de los negocios sociales. Si se le reconoce a este socio la posibilidad de competir libremente con la sociedad, le estamos permitiendo un comportamiento en su exclusivo beneficio en detrimento de la sociedad (1978: 170).

1. 4. SU APLICACIÓN EN HISPANOAMÉRICA

Ruiz de Gordejuela señala que los vasconavarros llegaron a México, a mediados del siglo XIX —«tal como lo hicieron sus abuelos, es decir reproduciendo el modelo de migración comanditaria»— y que para estos inmigrantes «el privilegio no radicaba en la posición económica sino precisamente en el acceso a un empleo que abría la posibilidad de ascenso económico» (2012: 394-395).

En el Caribe, esta modalidad funcionó con excelentes resultados. Soutelo Vázquez, al indagar sobre la inmigración gallega en Cuba, aprecia que los negocios familiares solo eran posibles «como correlato de una etapa inicial de proletarización y ahorro extremo dados los bajos sueldos», por la pobre cualificación general de los gallegos emigrados, que los relegaba al desempeño de actividades ocupacionales «escasamente remuneradas, frecuentemente en la economía sumergida y de alta siniestralidad», que «apenas les permitían sobrevivir en pésimas condiciones, semejantes a las de los obreros de la primera revolución industrial en Europa» (1999: 300). Los requerimientos de fuerza de trabajo, surgidos con el auge económico de la colonia y el objetivo de algunos miembros de los sectores dominantes de equilibrar el número de habitantes de procedencia africana y europea —entonces, aún presente el levantamiento de los esclavos que condujo a la independencia de Haití— estimularon las iniciativas para traer inmigrantes españoles a Cuba (Alonso Valdés, 2000). La breve duración de las razones sociales determinó, según las circunstancias, optar entre las sociedades de tipo colectivo y comanditario, y que las relaciones familiares y de paisanaje tuvieran también importancia a la hora de optar por un tipo u otro de compañía (Marqués Dolz, 2000: 95). Este sistema de emigración reforzaba la cohesión del grupo emigrante, mediante el traspaso de trabajos y negocios de tíos a sobrinos. Era una emigración no especializada, que se nutría de individuos jóvenes procedentes de zonas rurales, generalmente aldeas, con una educación básica y escasa preparación (Naranjo Orovio, 1987: 45 y ss). Del mismo modo, en el caso de Puerto Rico, casi siempre garantizado desde el momento de su salida de España, gracias a las *cartas de llamada* y a las recomendaciones, que permitían a los empresarios disfrutar de mano de obra de confianza y bien dispuesta al sacrificio (Villares Paz, 1996).

Las cadenas migratorias que unieron algunas comarcas y municipios de Galicia con Cuba, desde finales del siglo XVIII, lograron crear nichos laborales y empresariales, caracterizados por la adscripción mayoritaria de trabajadores

procedentes de Galicia, de una comarca determinada, o incluso de un municipio, a unos oficios o rubros económicos específicos que controlaron. Vidal Rodríguez observa que los nichos de economía étnica no solo proveen al inmigrante de beneficios puramente económicos, sino también de la posibilidad de mantener su propia autoestima y estatus social entre iguales, sin tener que compararse con la población del país de acogida. La inmensa mayoría de los inmigrantes gallegos, entrevistados en Cuba, comenzaron a trabajar en el negocio de un pariente o vecino de su parroquia natal, o al menos contaron con el apoyo de alguno de ellos a la hora de insertarse en el mercado laboral cubano. La mayor parte de ellos, después de este primer apoyo ocupacional, tuvieron una gran movilidad laboral y geográfica, sin embargo, otros mantuvieron una gran fidelidad laboral, permaneciendo en el mismo sector económico en el que habían comenzado gracias al apoyo de sus familiares o paisanos, y una vez convertidos en propietarios, reclutaron a jóvenes parientes o vecinos, colaborando así a mantener activas las cadenas migratorias entre su tierra natal y su localidad de residencia en Cuba (Vidal Rodríguez, 2006).

Otros grupos españoles actuantes en México y procedentes de otras regiones, desarrollaron mecanismos similares —basados en lazos de paisanaje y de parentesco—, como aquellos procedentes de los valles del norte de España. El procedimiento permitió a ciertos clanes familiares el ascenso a la elite económica en la sociedad mexicana de la época (Maza y otros, 2011). No siempre las condiciones para la independencia y la acumulación fueron tan duras y exigentes. Al menos es lo que advierte Gamboa Ojeda para los asturianos del sector textil de Puebla:

Debido a su vínculos, se insertaban sin mayor problema y de inmediato en puestos bajos dentro de la empresa, pero con salarios decorosos en relación con los que regían fuera de su grupo, o salarios que si eran bajos aumentaban con cierta rapidez al acumularse, porque a menudo gozaban de un rédito. Teniendo techo y comida, poco era lo que gastaban y mucho lo que —proporcionalmente hablando— podían ahorrar y acumular. De suerte que para los inmigrantes españoles —incluyendo desde luego a nuestros asturianos—, el hallarse organizados en el mundo de la economía y del trabajo bajo un sistema comanditario casi cerrado (que excepcionalmente aceptaba extraños al grupo), les hizo relativamente más fácil su conversión —después de años, claro está— de simples empleados a empresarios o patrones de variados estatus. Aun así, no es menos verdad que muchos españoles no lograron independizarse poniendo sus propios negocios, o lo hicieron en forma modesta (Gamboa Ojeda, 2008).

En sus diversas modalidades, se trató de un régimen relativamente exitoso en la generación y consolidación de nuevos cuadros empresariales. Si en México registró interesantes antecedentes, fue en las Antillas donde alcanzó mayor desarrollo. No obstante, fue un instrumento aplicado en las sociedades latinoamericanas que recibieron inmigración española.

II

LIBREROS Y EDITORES ESPAÑOLES, Y EL MERCADO DEL LIBRO EN HISPANOAMÉRICA Y EL PLATA

2. 1. EL MERCADO DEL LIBRO Y SUS PROBLEMAS

La recuperación del comercio de España con Hispanoamérica, entre la constitución de las repúblicas y la primera guerra mundial (Prados de la Escosura, 1986), no se acompañó con una expansión significativa del mercado del libro para los editores españoles, al menos hasta las vísperas del novecientos. Varios factores estuvieron presentes.

Ossenbach (1993) remite al rechazo de la *herencia hispana*, una vez constituidos los Estados nacionales. Las nuevas elites dirigentes se habían nutrido en el pensamiento ilustrado y luego en el liberalismo, y fue un hecho la infiltración clandestina de literatura francesa y anglosajona durante el dominio colonial. La consideración de los dos principales mercados hispanoamericanos para el libro —Argentina y México— revela que allí operaron numerosos libreros europeos, publicitando y difundiendo libros y revistas de ese origen. En Buenos Aires, Costa (2009) observa que la pertenencia étnica se reflejaba en el nombre de varios establecimientos: librería Inglesa de los hermanos Mackern, Europea de Jacobsen, Hispanoamericana de Hortelano, Española de los hermanos Real y Prado, Librairie Française de Escary y Espiasse, La Patria Italiana de Barbieri, etc. Pero esta modalidad no fue privativa de ambas orillas del Plata, se constituyó en un *sello* de los libreros extranjeros en el continente.

La desigual y, a veces, débil presencia española en Hispanoamérica —luego de la independencia— dejó flancos abierto a la ofensiva de sus rivales. La estrategia de las editoriales europeas y norteamericanas no se dirigió especializadamente a los mercados nacionales, sino que visualizó y apostó al conjunto del mercado de habla castellana.

Las estadísticas francesas, sobre el comercio hispano-francés de impresos en el siglo XIX —a partir de la información proporcionada por las oficinas de aduanas—, revelan que alrededor de un tercio de los libros que importaba España desde Francia, estaban publicados en castellano. Fernández citando a Barbier precisa que Francia pasó de exportar 2000 toneladas de impresos en 1860, a más de 4700 toneladas en 1890, en tanto que España lo hizo de 104 toneladas entre 1850 y 1859, a más de 1127 toneladas de impresos exportadas entre 1890 y 1899 (Fernández, 1998: 167).

No obstante, algunos autores relativizan el significado de estas cifras, en la medida que las estadísticas no distinguen entre libros y periódicos y, en el caso español, entre estos y el papel de música, los figurines de moda, los grabados y el cartón. Tampoco se especificaba acerca del idioma en que estaban escritos tales impresos, salvo que se tratara de la lengua oficial del país que los importaba. Por

otra parte, Fernández puntualiza que no se dispone de información precisa sobre las dimensiones del comercio clandestino transpirenaico, que adquirió proporciones extraordinarias a lo largo del siglo XIX. En la década del cincuenta del siglo XIX, se produjo un aumento considerable de la exportación de libros editados en Francia con destino a Hispanoamérica —aproximadamente el 27 % del conjunto del comercio internacional francés de impresos—, configurándose la región como el segundo mercado mundial del libro francés. Los editores galos negociaron en España los derechos de obras, de modo que en Francia, entre 1814 y 1833, se publicaron 893 títulos en castellano con 433 obras originales. Las colecciones de literatura, los manuales pedagógicos y de divulgación histórica y científica, así como las obras de religión, constituyen el grueso de las exportaciones de libros a Hispanoamérica (Fernández, 1998: 167-177). Botrel dimensiona la importancia de las exportaciones de libros franceses hacia España y América Latina en la evolución de sus cifras que, de mil toneladas en 1841, pasó a 4700 toneladas en 1890 (Botrel, 2001: 221).

Esta ventaja francesa en el mercado hispanoamericano e incluso español, durante el siglo XIX, resultó de una revolución en la industria del libro que permitió la producción de impresos en distintas calidades y a precios más accesibles. Mollier destaca que la «verdadera revolución silenciosa», en Francia, fue la «instrucción universal» (leyes: Guizot, 1833; Duruy, 1865-1867; y Ferry, 1881-1882). Ella preparó el camino para el incremento de la actividad editorial con la proliferación de manuales escolares, la mayor difusión de los diccionarios y el éxito de algunas obras de divulgación como *L'Astronomie populaire*, de Camille Flammarion (1879), *Tour du Monde*, de Louis Hachette (1860), *Grand Dictionnaire universel du XIX^e siècle*, de Pierre Larousse (1863-1876), y la publicación de libros científicos y técnicos (Mollier, 2000: 91-101).

La ofensiva francesa en los mercados hispanoamericanos mereció una atención especial en México, donde libreros franceses comenzaron a instalarse desde 1820. Entre 1839 y 1847, se registró un proceso de fusión de varias de esas librerías, iniciando hacia mediados del siglo la edición de obras en español. De Santiago observa que la operación *librería española* recorrió varias etapas, como parte de la «historia internacional del libro» y que la empresa de editar en español fue una actividad centralizada en Francia. Se constata en esos años el incremento de las ediciones en español —según la Declaración de Impresores de París—, así como la ampliación de la red de distribución de los libros franceses en español (2006: 682). Fernández Moya propone como ejemplo el caso de la editorial francesa Hachette —una de las casas editoras más importantes de Francia— que plantó presencia en América Latina antes de introducirse en España. El volumen del negocio en la región determinó que la casa Hachette abriera una sede en Buenos Aires (1912) para la distribución de sus productos (prensa y libros) (Fernández Moya, 2010).

Por otra parte, ha de tenerse en cuenta la influencia cultural francesa, que fue dominante en varios países hasta el novecientos y en otros se prolongó hasta

avanzada la primera mitad del siglo xx. Un claro ejemplo fue el Río de la Plata. Andrés Rius, con librería en Montevideo, fue uno de los corresponsales del editor Salvat en Barcelona. De su relación epistolar surge el franco dominio de las editoriales francesas que habían suplantado a las españolas a lo largo del siglo xix, favorecidas por:

- a. el distanciamiento de las repúblicas americanas con su antigua metrópoli;
- b. la presencia de exiliados españoles en París, preparados para trabajos de traducción al castellano;
- c. el menor costo del papel de imprenta en Francia respecto de España;
- d. los nuevos recursos técnicos que permitían abaratar los costes de producción;
- e. un adecuado conocimiento del mercado del libro y de la lectura, gracias a la presencia de viajeros que orientaban la producción en función de las expectativas formuladas por los lectores (Castellano, 2010a).

A fines de la segunda década del siglo xx, Emilio Boix —figura destacada del proyecto de expansión comercial catalán hacia América Latina y agregado comercial de España en América del Sur— expresaba al respecto: «Las clases altas tienen una formación esencialmente francesa. La cultura y el libro franceses dominan las universidades y ejercen sobre las clases altas una tutela espiritual irresistible» (1920: 9-11).

En América resultaba más fácil y más barato conseguir un libro en castellano editado en París o Leipzig que en España. La superioridad de estas editoriales extranjeras respondía al desarrollo que habían alcanzado en esos países las artes gráficas, a la masiva capitalización de la industria editorial y a las relaciones comerciales basadas en modernas operaciones financieras. Ofrecían pagos más flexibles que las casas españolas, y realizaban una propaganda intensa y efectiva. La industria editorial española tenía serios problemas para explotar las ventajas iniciales que representaban el idioma común, la historia compartida y el peso de la emigración en aquellas naciones, respecto a sus competidoras. Los costos más elevados para editar en España respondían al de algunos insumos, entre otros el del papel. El proceso de transformación de la industria papelera española fue lento, se caracterizó por su concentración y dependencia del exterior, lo que conllevó al proteccionismo estatal y su incidencia negativa en el precio del libro (Aubert, 2005). La comunidad lingüística y espiritual que formaban España y sus antiguas colonias no bastaba por sí sola para lograr beneficios económicos (Martínez Rus, 2002: 1034).

A estas razones se sumaban otros factores que afectaban el comercio del libro español, como fue la piratería. Aprovechando la espera de dos meses (entre el pedido de un librero americano y la llegada de los impresos desde Barcelona), aparecieron los corresponsales *fantasmas* que actuaban a expensas de los librerías establecidos (Castellano, 2010a). Esta situación, según Martínez Rus, fue determinante en la aparición de ediciones fraudulentas en Hispanoamérica

—principalmente en Argentina, Chile, Uruguay y Paraguay—, figurando casi siempre Montevideo como lugar de edición para «eludir cualquier acción judicial porque Uruguay no tenía firmado Tratado de propiedad intelectual con ningún país». Estas ediciones piratas ejercían una competencia desleal muy fuerte, y un perjuicio ruinoso a editores y escritores al no pagar derechos de autor. Las oportunidades para esta producción de ediciones piratas eran generadas por la demanda del mercado hispanoamericano insuficientemente atendida.

El editor de Madrid o de Barcelona enviaba a un librero americano diez, veinte o cien ejemplares de los títulos que publicaba. Por cualquier circunstancia, alguno de aquellos libros corría fortuna y el librero vendía todos los ejemplares. El público continuaba solicitando el libro pero, el librero no se atrevía a pedir una nueva remesa de aquella obra porque pasarían dos meses antes de que llegase, y puede que entonces el interés por ese libro haya desaparecido. En esta circunstancia aparece la edición clandestina, que realiza un negocio seguro al ofrecer una obra exitosa reclamada por el lector (Martínez Rus, 2002: 1034-1035).

No fue menor el costo más elevado de las ediciones españolas y la sobrevaloración de la peseta en el mercado internacional, que se proyectaba sobre el precio del libro en el mercado americano. Martínez Rus añade que los libreros americanos aprovechaban la conversión de las pesetas a las respectivas monedas nacionales, para establecer un sobreprecio en relación con el costo del libro nativo, encareciendo aún más las publicaciones españolas (2002: 1034-1035).

Si se tiene en cuenta el panorama técnico, existía un rezago notorio entre el sector impresor español y los países europeos. Fernández Moya apunta que a principios del siglo XIX se comenzó a utilizar la prensa Stanhope, que imprimía trescientas hojas por hora cuando la misma tirada hubiera requerido, anteriormente, diez horas.

En los años veinte se incorporaron las aplicaciones del vapor y fue el inicio de la prensa mecánica con cilindros o rodillos de entintado denominada sistema König-Bauer. El avance técnico permitía imprimir 4000 hojas a la hora. Estos avances técnicos permitieron que en cien años, de 1800 a 1900, se pasase de la vieja prensa plana de madera a la gran rotativa de papel continuo capaz de imprimir tiradas de 50.000 ejemplares. La modernización del proceso de composición fue algo más lenta. Pero en el siglo XIX se dieron en Europa grandes pasos para la modernización de la impresión tipográfica, la composición, la industrialización de las labores de encuadernación e impresión gráfica. A principios del nuevo siglo, la técnica del huecogrado y, más tarde, el offset revolucionaron la impresión de imágenes. Todos estos avances técnicos apenas se dejaron sentir en la España del siglo XIX (Fernández Moya, 2010: 59-60).

Paulatinamente, el sector impresor español fue incorporando estas novedades ensayadas y avaladas en los principales países europeos. Recién en 1928 el impresor Joaquín Verdager —tras un largo aprendizaje en Francia— introdujo la prensa de hierro Stanhope. No obstante, transcurrieron algunos años antes de que las novedades, como la señalada, se generalizaran al conjunto del sector editorial

(Fernández Moya, 2010: 59-60). En 1904, el editor Saturnino Calleja —en un artículo publicado en *Bibliografía Española*— reconocía como causas de ese atraso: la indiferencia del capital hacia la industria tipográfica, la falta de entusiasmo y conocimientos técnicos en los industriales, y la carencia de ilustración necesaria en los obreros (Martínez Rus, 2002). No obstante se registró una reacción entre 1890 y 1900, etapa en la que aumentó de forma considerable la exportación de libros españoles a Hispanoamérica. Entre fines del siglo xix y comienzos del siglo xx, editoriales españolas como Maucci, Ramón Sopena, Sempere, Prometeo, Hernando, Calleja o Renacimiento, asumieron los riesgos empresariales de la expansión comercial en Hispanoamérica (Fernández, 1998: 181). No obstante, la ofensiva española no descartó los negocios con editores franceses, como los acuerdos de Gustavo Gili con el editor Armand Colin para la edición del *Nuevo diccionario enciclopédico ilustrado de la lengua castellana* (Castellano, 2015).

Por otra parte, como observa De Santiago, el desarrollo de esta empresa editorial internacional «evidencia que el contacto entre estas vastas regiones no fue solo comercial, sino que hubo una circulación de conocimientos y prácticas culturales que abarcaron una población cada vez más amplia» (2006: 686).

2. 2. EL LIBRO ESPAÑOL Y EL PROGRAMA AMERICANISTA

Martínez Rus señala que a principios del siglo xx el comercio de libros con Hispanoamérica «era la asignatura pendiente de la industria editorial española» (2000: 31). Diversas iniciativas, desde mediados del siglo xix, tendieron puentes entre España y sus ex colonias americanas. Algunas fueron ambiciosas —y por cierto, no excepcionales—, como la del editor Francisco de Paula Mellado y su *Revista Española de Ambos Mundos* (Rubio Cremades, 2013). Las propias denominaciones de las colecciones y bibliotecas (*Diccionario hispanoamericano*, *Enciclopedia universal europeo-americana*, etc.) revelan que, en los planteamientos editoriales y comerciales, el mercado hispanoamericano y el español se asumían como un todo. Botrel sostiene que desde los años cincuenta del siglo xix, se observa una creciente preocupación por reconquistar un mercado hispanoamericano casi copado por los editores extranjeros (franceses, ingleses, norteamericanos y alemanes) «con bastantes dificultades pero también algún resultado» (Botrel, 2006). En esa operación de ofensiva, en 1884, la Casa Montaner y Simón había instalado una red de trece sucursales en Hispanoamérica, y lo mismo se puede observar a propósito de Espasa o Maucci (Botrel, 2006). Simultáneamente, estas iniciativas alentaron a muchos editores barceloneses a experimentar —algunos desde Madrid— con nuevas líneas de producción editorial por entregas o por fascículos, aptas para ampliar el mercado del libro, aprovechando la creciente capacidad barcelonesa para reproducir las imprescindibles ilustraciones que lo acompañan. Botrel destaca que la « encuadernación industrial será el codiciado broche para las obras ilustradas de menor o mayor lujo que en los años 1880 vendrán a ser emblemáticas del libro barcelonés » (Botrel, 2006).

El modernismo literario en los últimos decenios del siglo XIX, las celebraciones por el IV Centenario del Descubrimiento de América —impulsadas por la Unión Iberoamericana—, la reivindicación de una identidad cultural común, fueron sucesivas instancias que reforzaron vínculos entre España e Hispanoamérica. El fuerte impacto de la crisis de 1898 revitalizó los proyectos hispanistas que, desde Madrid y Barcelona, sostuvieron diversas iniciativas hasta la crisis de la II República (Beretta Curi, 1992). El fomento de las relaciones comerciales entre España e Iberoamérica se sustentó en que esta área geográfica era el *mercado natural de los españoles* y fue el soporte ideológico para diversas actividades y acciones: los *Congresos del Comercio Español en Ultramar* (1923 y 1929), el *Congreso Social y Económico Hispanoamericano* (1910), la creación del Crédito Iberoamericano, Compañía Mercantil Importadora y Exportadora de Transportes y Banca, y publicaciones periódicas, como la *Revista de la Unión Iberoamericana* y, desde 1926, la *Revista de las Españas* (Pereira Castañares, 1992).

En este contexto se ubica el viaje que realizó Rafael Altamira y Crevea (catedrático de la Universidad de Oviedo), por las repúblicas hispanoamericanas, entre 1910 y 1911, exponiendo en sucesivas conferencias la defensa de los intereses españoles (Castellano, 2005). Esta gira y el libro que publicara posteriormente —*Mi viaje a América* (Altamira y Crevea, 1911: 674)— tuvieron una importante resonancia. A inicios de 1910, el *lobby* americanista estaba fortalecido ya que, a la iniciativa universitaria se sumó la ofensiva del programa de la flamante Casa de América y el liderazgo de Rafael Vehils, desde Barcelona (Prado, 2006 y Dalla Corte y Prado, 2006). Un hito importante de este despliegue fue la celebración del *Congreso Nacional del Comercio en Ultramar*, en 1923, donde el libro español y su difusión ocuparon un lugar destacado.

En este clima fermental, varios editores impulsaron proyectos propios para fortalecer sus posiciones en Hispanoamérica. Es ilustrativo el viaje de estudio de estos mercados realizado por los hermanos Fernando y Santiago Salvat, entre 1912 y 1914 (Castellano, 2010b: 416). La iniciativa del editor Gustavo Gili Roig incluyó un programa de viajantes para recorrer esta plaza, iniciándolo en septiembre de 1911 con Ernesto Escalas Chamení, quien además tuvo un importante desempeño en el programa americanista de Casa de América (Castellano, 2013: 63-64).

La ofensiva de los editores y escritores españoles había impulsado, en 1901, la redacción de los estatutos para una asociación de los intereses concertados de libreros, la imprenta, el comercio, los fabricantes de papel y las industrias del libro. La iniciativa tenía por objetivo constituir un órgano de representación ante las autoridades gubernamentales para fomentar la publicación y difusión del libro español (Fernández, 1998: 185). En junio de 1917, Gustavo Gili presentó en Barcelona el proyecto de Asociación de los Amigos del Libro, Cámara del Libro Español y Feria del Libro Español, para plasmar las propuestas de la Unión Iberoamericana en favor de la difusión del libro español en América (Fernández, 1998: 185).

De esta ofensiva resultó que los editores españoles lograron importantes avances en el mercado hispanoamericano y, en la década del veinte del siglo xx, consiguieron amplias cuotas en países como Argentina (45 %), México (35 %), Cuba (48 %) y Perú (30 %) (Fernández Moya, 2008). Este posicionamiento fue posible debido a la modernización de la industria del libro, operación concentrada principalmente en Barcelona y secundariamente en Madrid (Botrel, 2001).

2. 3. EDITORES, LIBREROS Y EL MERCADO DEL LIBRO EN EL RÍO DE LA PLATA

Luego de la independencia, las librerías de Buenos Aires eran de carácter precario, y no especializadas. Costa observa que en estos locales, los libros se vendían junto con diverso tipo de mercancías, incluyendo periódicos y almanaques. En forma paralela, existían lugares ocasionales de compra-venta de libros, desde almacenes y fondas, pulperías, litografías e imprentas, hasta viviendas particulares; y el monto que movieron estos lugares informales fue mucho mayor (Costa, 2009). Esta *condición* del local para ventas de libros no fue una particularidad de Buenos Aires, se registró en otras partes de América (Cruz, 2007: 14; Rocca, capítulo en este mismo libro).

Durante la década del sesenta del siglo xix, se verificó un incremento de la actividad gráfica en Buenos Aires, con las imprentas de Coni, Kraft y Estrada, y con las librerías de Mayo del uruguayo Carlos Casavalle, la Librería del Colegio de los hermanos Igón, la librería Nueva de Peuser, la librería Europea de Jacobsen, y la librería Española de Federico y Teodomiro Real y Prado. Las librerías fueron espacios convocantes de hombres de la cultura, políticos y hasta empresarios. Las librerías del Colegio y la de Mayo recibieron una clientela ilustrada (Juan María Gutiérrez, Bartolomé Mitre, Vicente Fidel López, Mariano Pelliza, Andrés Lamas, Antonio Zinny, Manuel Ricardo Trelles, Dalmacio Vélez Sársfield, entre otros) (Devoto y Pagano, 2009). En las décadas del sesenta al ochenta del siglo xix, incidieron positivamente las numerosas publicaciones oficiales costeadas y patrocinadas por el Estado. En la década siguiente se registró una expansión y diversificación del público lector como consecuencia de la alfabetización, y Costa señala que la sanción de la Ley de Educación Común (1884) repercutió también en la lectura y propició el crecimiento del público infantil y femenino (Costa, 2009). De los 38 establecimientos de edición de libros que existían hacia 1879, se pasó a 58 en 1887. En 1880 siete establecimientos se identificaban como *editores*.

En las dos décadas comprendidas entre los ochenta y noventa del siglo xix, surgió un campo editorial en Buenos Aires: incrementó el número de editoriales, el volumen de publicaciones, y apareció la figura del editor. Aguado sintetiza la actividad editorial de esos años en la producción de libros de enseñanza y textos criollistas; la aparición de las primeras colecciones populares; la constitución de empresas nuevas, algunas de las cuales continuaron durante el siglo xx (Aguado, 2006: 95-105). Más relevante que este crecimiento fue el dinamismo que durante esos años mostró el mercado editorial, su capacidad de renovación: de las 58

empresas registradas en 1887, cuarenta no existían en 1879 (Pastormerlo, 2005). Como en otras partes de Iberoamérica, algunos inmigrantes participaron en la formación de la industria editorial argentina, la más desarrollada, ya en esta época, de todos los países latinoamericanos. Como han señalado Delgado y Expósito, gran parte de los nuevos editores argentinos en esta primera etapa procedían de familias humildes de inmigrantes, algunos habían nacido en el extranjero y trabajaron en los más variados encargos antes de llegar a la edición (2006: 65).

A fines del siglo XIX, la producción de libros en Buenos Aires estuvo en manos de tres personajes: impresores, libreros y editores (estos sin librería ni imprenta). Según Costa, en Buenos Aires de la década del ochenta del siglo XIX, la figura del editor se hallaba en formación, dado el incipiente mercado editorial, y la utilización del término era ambigua. La profesionalización de los editores estuvo pautada por la *independencia* de su actividad en relación con la circulación del libro en los establecimientos de venta; la posibilidad de determinar el contenido y diseño estético de la publicación; así como el control financiero y literario de la publicación (Eujanian, 1999).

El *Anuario bibliográfico de la República Argentina* —obra de Alberto Navarro Viola, entre 1879 y 1887— registra las publicaciones impresas en el país en ese período. La pertenencia de Navarro Viola a la dirigencia intelectual del ochenta, así como su desempeño como secretario privado de Julio A. Roca, habilita a De Sagastizábal a considerar el *Anuario* como una herramienta político-cultural de un sector que buscaba hegemonizar un proyecto, a la vez que orientar el debate social y construir un pasado en común (Sagastizábal, 1995: 184).

En las dos primeras décadas del siglo XX, se organiza el espacio editorial, se expande el mercado de libros de bajo costo (folletines, tanto de autores extranjeros como argentinos, y literatura gauchesca) y se da, hacia 1910, una virtual sustitución de la importación de libros impresos en el extranjero. Se advierte la existencia de un público lector ampliado y aparecen, por primera vez, ediciones de literatura culta con alto tiraje (en algunos casos se llega a 5000 ejemplares; un caso excepcional es *Amalia*, de José Mármol, que llegó a los 15.000 ejemplares) y ofrecida a bajo precio. Destaca la Biblioteca de *La Nación*, dirigida desde 1901 por Roberto J. Payró, que incluyó, junto a autores argentinos, las obras más importantes de la literatura universal, en una actividad que se prolongó a lo largo de casi veinte años. Esta colección, distribuida por suscripción junto con el diario, no fue la única. Merecen especial mención la Biblioteca Argentina, dirigida por Ricardo Rojas, y La Cultura Argentina, dirigida por José Ingenieros, que perseguían como objetivo ofrecer libros baratos y de buena calidad de impresión, pero, además, representan una respuesta a la demanda de nacionalismo que provenía del Estado y de sectores dominantes de la sociedad. Una vertiente diferente de la literatura popular aparece representada en la producción de la Cooperativa Editorial Buenos Aires, dirigida por Manuel Gálvez, así como en las colecciones de Ediciones Mínimas, Ediciones Selectas América y Joyas Literarias (dirigida y

editada por el tipógrafo Luis Bernard) (Aguado, 2006: 97-98). Entre los inmigrantes españoles que participaron en el sector editorial argentino, en esta etapa, cabe destacar a Pedro García, fundador de El Ateneo en 1912; Juan Torroncell, creador de editorial Tor en 1916, y Antonio Zamora de Cooperativa Editorial Claridad. No obstante, como observa Fernández Moya, no actuaron como mediadores del conocimiento acumulado en el sector editor en su país y la Argentina, ya que no tenían experiencia previa y tuvieron una formación autodidacta. Las editoriales familiares españolas se apoyaron en redes sociales, especialmente de inmigrantes en América Latina, el impulso emprendedor de sus fundadores, su flexibilidad y capacidad de adaptación, y el aprendizaje acumulado que supieron pasar (junto con los contactos personales y comerciales) de generación en generación dentro de la familia empresaria (Fernández Moya, 2010).

2. 4. LOS REAL Y PRADO

Luego de Caseros, se multiplican las imprentas y librerías, y surgen nuevos periódicos y libros, al amparo y estímulo de «una amplia y efectiva libertad de pensamiento y expresión».

Los Real y Prado constituían, en palabras de Buonocore, «una dinastía de libreros» (Buonocore, 1974: 42). Librero y editor en Madrid, Federico Real y Prado abrió librería y casa editora con su hermano Teodomiro: la librería Española en Buenos Aires —calle Bolívar 77—, en la década del cincuenta del siglo XIX, y años más tarde, una filial en Montevideo con otro hermano: Hipólito.³

Federico Real y Prado actuó como agente, representante o comisionista de diversas casas editoras españolas. En 1857, Eduardo Asquerino García inició en España la publicación periódica *La América*, una revista moderna para una burguesía cosmopolita. La publicación contó con unos cuatrocientos agentes en América y España, siendo Federico Real y Prado, su representante en Argentina (López-Ocón, 1987: 215). Similar desempeño con la *Revista de Instrucción Pública, Literatura y Ciencias*, editada por la imprenta de J. Viñas (Madrid, 1857-1861). En 1869, *El Mundo Universal* informaba a sus agentes y suscriptores «en Buenos Aires, Montevideo, sus provincias y el Brasil» que había celebrado un contrato con Federico Real y Prado, por lo que:

... advertidos que desde esta fecha dicho Señor y sus Agentes son los únicos y exclusivos que podrán recibir suscripciones á nuestra publicación; por lo que suplicamos á los señores Agentes en dichos países y á los negociantes de España, que se entiendan para sus pedidos con el expresado don Federico Real y Prado, toda vez que no serviremos en lo sucesivo ni un solo ejemplar de nuestra

3 Archivo General de la Nación, *Colección Carlos Casavalle (1544-1904)*, (t. 1), Buenos Aires: Departamento Documentos Escritos, 1996, p. 8, disponible en <<http://www.mininterior.gov.ar/agn/pdf/Casavalle1.pdf>>, [última consulta: 21 de junio de 2016].

publicación en dichos puntos, sin que venga autorizada la petición por el expresado don Federico Real y Prado, de Buenos-Aires.⁴

A su vez, la revista *La Ilustración Española y Americana* informaba, en 1871, que era «nuestro Agente en el Río de la Plata con establecimientos en Buenos Aires y Montevideo», y que tenía «la exclusiva en aquellos países para nuestras publicaciones».⁵

Federico Real y Prado fue miembro de la Sociedad de Bibliófilos Españoles, que registraba 634 miembros entre 1866 y 1918. En esta última fecha, con el registro n.º 383, se documentaba a su cuenta la edición de varios libros entre 1874 y 1913.⁶

En 1865, Teodomiro se separó de su hermano Federico —que era el dueño principal de la librería Española— y fundó con otros la sociedad anónima Librería del Comercio, ubicada en la calle Victoria entre Perú y Chacabuco, entidad que se disolvió en 1872. Luego de desempeñar diversas actividades administrativas, se estableció nuevamente y, en 1887, se mudó a la calle Bolívar n.º 141 con la *librairie nouvelle* La Anticuaria.⁷ La biblioteca de la Facultad de Filosofía y Letras de Buenos Aires adquirió una parte considerable de su librería.

Don Teodomiro cultivó relaciones con hombres de letras y profesores del Colegio Nacional Central que hacían tertulia en su casa. Entre otros, concurrían Dardo Rocha, Antonio Malaver, Bernardo de Irigoyen, Luis M. Boerr, Abdón Aróstegui, Raymundo Wilmart, Ernesto Weigel Muñoz, Joaquín V. González, Sarmiento, Miguel Cané, Andrés Lamas y Leandro N. Alem. Fue el primer librero que intentó crear una biblioteca de libros ilustrados *auténticamente argentina*. A tal fin, fundó en 1865 la Biblioteca Hispanoamericana, y aparecieron *Caramurú*, de Magariños Cervantes, y *Sancho Saldaña*, de Espronceda, con láminas litografiadas por Enrique Meyer. Fracasada la empresa por «la indiferencia del público» don Teodomiro se dedicó a la edición de textos universitarios. Una deuda de seis meses de alquiler determinó la quiebra de la librería y su remate judicial. Teodomiro Real y Prado falleció el 27 de abril de 1911 (Buonocore, 1974: 43).

No ha sido posible ubicar datos sobre Hipólito Real y Prado. Instalado en Montevideo desde la década del cincuenta del siglo XIX, abrió la librería Española. No está documentado en archivo si este emprendimiento fue en sociedad con sus hermanos en Buenos Aires, o si se trataba de una sucursal de la librería porteña.⁸

4 *El Museo Universal*, Madrid, año 13, n.º 4, 24 de enero de 1869, p. 32.

5 *La Ilustración Española y Americana*, Madrid, año 15, n.º 5, 15 de febrero de 1871, p. 88.

6 Facultad de Filosofía de León, «Quién fue quién en la Sociedad de Bibliófilos Españoles 1866-1918», disponible en <<http://www.filosofia.org/ave/001/a422.htm>> [última consulta: 21 de junio de 2016].

7 En algunas ediciones figura así: Librairie Nouvelle «La Anticuaria», Imprenta, Litografía y Encuadernación de Teodomiro Real y Prado.

8 Hipólito Real y Prado figura con el número 369 entre los 500 suscriptores a las *Obras completas de Platón*, traducidas por Patricio de Azcárate (11 vols., Madrid, 1871-1872), según la relación que

III

ANTONIO BARREIRO Y RAMOS Y LA LIBRERÍA *LA NACIONAL*

Editores, libreros y lectores es un tema escasamente abordado en Uruguay. En general, la información se encuentra dispersa entre diversos estudios y es reciente el tratamiento del tema de manera sistemática; se destacan los aportes de Pablo Rocca.

A fines de los sesenta existían 17 librerías en Montevideo y dos en el interior del país. Entre las más importantes figuraban la librería Argentina de Gregorio Ibarra (en Rincón y Cámaras), la de Pedro Lastarria (25 de Mayo 200), la de Miguel Sierra (Ituzaingó 127), la Librería del Plata, la de José Hernández y la de Maricot.⁹ La casa de Hipólito Real y Prado —librería Española— fue un importante establecimiento, vinculado a otro del mismo nombre en Buenos Aires, que regenteaban sus hermanos y, desde 1865, Federico Real y Prado. En 1871, la prensa anunciaba la apertura de la librería Europea, sucursal de la del mismo nombre en Buenos Aires, a cargo de Jacobsen y Soderstedt.

Zubillaga observa que si bien la identificación étnica no vincula laboralmente al inmigrante gallego con el mundo del libro, «por casi ocho décadas no hubo en Montevideo posibilidad de eludir la referencia a gallegos en el proceso de producción o comercialización de libros» (1999: 139). Por otra parte, tanto Zubillaga (1999) como Rocca (2012) precisan que muchos editores se iniciaron como librereros, y no fueron pocos los que conservaron asociadas ambas funciones.

3. 1. UN INMIGRANTE GALLEGO EN MONTEVIDEO

Antonio Barreiro y Ramos era oriundo de Galicia (Laracha, 1851) y llegó en 1866 al Uruguay. Una anécdota para una historia hagiográfica, lo recuerda en el viaje oceánico, garabateando papeles en un esforzado anhelo de perfeccionar su escuela elemental. Cuando se le preguntó qué hacía, respondió con la certeza de quienes tienen una vocación de hierro y la convicción de alcanzar sus objetivos: «me preparo para instalar una librería y una imprenta».¹⁰ Sin tránsito adolescente —de niño se devenía hombre—, llegó a Montevideo, recomendado a don Celestino Carrera, un español «de viejo cuño, formado en el comercio y en el trato de los hombres» (Fernández y Medina, 1914: 3). Instalado en un primer momento a su amparo, y con muy escasos recursos, ingresó rápidamente como dependiente en un comercio cuyo propietario pertenecía a la colectividad gallega, y se hospedó sucesivamente en varias *posadas* —la última de ellas en la calle 25 de Mayo

se ofrece en el tomo tercero, Madrid, 1871, disponible en <<http://www.filosofia.org/ave/001/a164.htm>> [última consulta: 21 de junio de 2016].

9 Pivel Devoto, Juan E., «La Librería Barreiro y Ramos, 1871/1971. Su fecunda inserción en la historia de la cultura uruguaya» Conferencia del profesor don [falta nombre] pronunciada en el Salón de Actos de la Cámara de Comercio el 11 de diciembre de 1971. Texto mecanografiado, p. 7. Documento facilitado por el Dr. Gastón Barreiro Zorrilla.

10 Información brindada por Esther Dosil de Ramírez, entrevista realizada: 25/5/1996.

entre Andes y Convención—, compartiendo espacios con otros hombres de su edad, «algunos de cuales luego se convirtieron en figuras prominentes del mundo empresario».¹¹

Poco tiempo después y a instancias de su protector, inició las primeras armas como dependiente en la librería de Real y Prado.¹² Allí comenzó Antonio Barreiro a adiestrarse en las prácticas comerciales y de librerías, realizando una breve y brillante carrera. En la primera libreta de ingresos y gastos, anotaba: «Yo, Antonio Barreiro y Ramos, entré de dependiente en la Librería Española, que es propiedad de D. Hipólito Real y Prado, el 16 de Marzo de 1867, ganando el sueldo de 8 patacones».¹³

3. 1. 2. TRABAJO ASALARIADO Y AHORRO

No disponemos de series de salarios en el sector privado para Montevideo en las tres últimas décadas del XIX (Camou, 1996; Zubillaga, y Balbis, 1988), si bien pese a las fluctuaciones del mercado y la inexistencia de una regulación de las condiciones de trabajo, un sector de la inmigración encontró oportunidades para el ahorro y la independencia laboral. El archivo de la empresa Barreiro y Ramos S. A. conserva dos libretas con las anotaciones de ingresos y gastos del joven Antonio Barreiro y Ramos, desde su ingreso como dependiente en la librería Española de Montevideo. Ambos documentos habilitan diversos estudios, limitándose esta ponencia a un seguimiento del salario y el ahorro en el marco de un acuerdo comanditario.

Las notas de Barreiro en su libreta registran un salario de \$ 7,68 mensuales como dependiente de librería, entre el 16 de marzo de 1867 e igual fecha de 1868. De marzo a junio de 1868, recibió un incremento que llevó la remuneración a \$ 10, en tanto que en el segundo semestre, el salario se duplicó (\$ 20 mensuales) y continuó en esos valores hasta marzo de 1869, en que se elevó a \$ 25 y se mantuvo hasta el 16 de marzo de 1870, fecha en que cierra la primera libreta.¹⁴ En marzo de 1870, el sueldo incrementó a \$ 30 y se mantuvo en este valor hasta finalizar el servicio de Barreiro con Real y Prado. Desde abril de 1870, Barreiro percibió una comisión del 1 %, que posiblemente se calculó sobre las ventas que realizó en mostrador. Su comprometido desempeño laboral le permitió incrementar su salario, en algunas oportunidades hasta en un 50 %. En los meses que registra la segunda libreta, el salario se mantuvo en \$ 30, en tanto que la comisión sobre ventas registró una curva ascendente con algunas inflexiones. Los valores por comisiones fueron los siguientes en 1870: \$ 8,15 (abril), \$ 9,32 (mayo), \$ 9,16 (junio), \$ 7,97

11 Información brindada por su nieto, Gastón Barreiro Zorrilla, entrevista realizada: 22/1/1997.

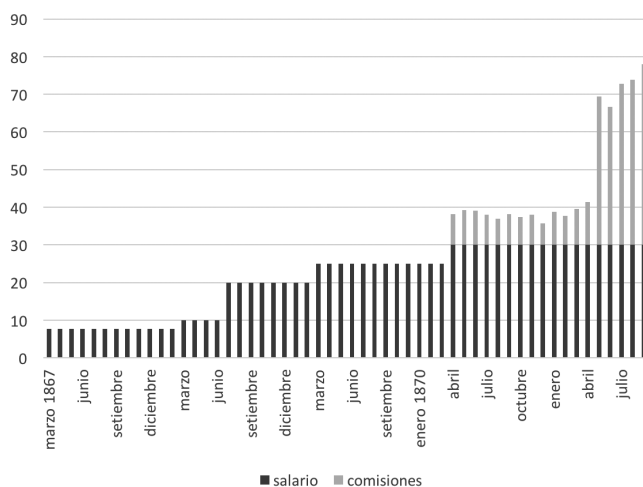
12 Barreiro Zorrilla, Gastón, «Don Antonio Barreiro y Ramos: su vida y su obra», documento mecanografiado en papel membretado de la empresa, f. 1.

13 Archivo Casa Barreiro y Ramos S. A., Libreta de Ingresos y gastos de Antonio Barreiro y Ramos, 16 de marzo de 1867 a 16 de marzo de 1870, f. 1.

14 *Ibidem*, ff. 1-8.

(julio), \$ 6,93 (agosto), \$ 8,11 (setiembre), \$ 7,45 (octubre), \$ 7,97 (noviembre), \$ 5,68 (diciembre). En 1871, los ingresos por ese concepto registraron un notorio incremento, aunque el porcentaje de la comisión se mantuvo inalterado: \$ 8,79 (enero), \$ 7,73 (febrero), \$ 9,60 (marzo), \$ 11,45 (abril), \$ 39,35 (mayo), \$ 36,67 (junio), \$ 42,84 (julio), \$ 43,89 (agosto), \$ 48,04 (septiembre).¹⁵ Destacan entre estos valores, las comisiones percibidas entre mayo y septiembre de 1871 que triplican a las anteriores. Las cifras expresan un cambio cualitativo operado en el desempeño de este joven dependiente, que mereció el reconocimiento de su patrón.

*SALARIO Y COMISIONES PERCIBIDOS POR ANTONIO BARREIRO Y RAMOS
(MARZO 1867-OCTUBRE 1871)*



3. 1. 3. TRABAJO ESFORZADO Y AUTODIDACTISMO:

EL CAMINO HACIA LA INDEPENDENCIA

El joven Barreiro se abocó a completar su formación de modo autodidacta. Benjamín Fernández y Medina recordaría, años más tarde, —con una veracidad de tono hagiográfico— que el muchacho:

... oía y observaba sin mezclarse en las conversaciones, ávido de aprender, con una inteligencia clarísima y un sentido práctico que es característico de su raza, aprovechaba también todas las horas disponibles para estudiar. Del tiempo escaso que le quedaba para el descanso, una gran parte lo dedicaba á aprender el francés y contabilidad y á hacer toda clase de lecturas. Los días y horas que otros dedican á fiestas y diversiones, él los consagraba al estudio y á la conversación con hombres superiores á él en edad, y que, como Carrera, eran tan útiles como los mejores libros (Fernández y Medina, 1914: 4).

Este aspecto, la contracción al trabajo y el esfuerzo personal que se refleja en el autodidactismo —denominador común del nuevo empresariado que surgía de las filas de la inmigración— le facilitaría otros desempeños. En 1870, Antonio Barreiro y Ramos asumió la tarea de atender la correspondencia que Real y Prado mantenía con Buenos Aires, Madrid y Barcelona. La importación de libros franceses y la correspondencia con las casas parisinas requirieron de la capacitación del empleado en esa lengua. Por alguna razón, Real y Prado fue abandonando las tareas de escritorio que delegó en su empleado, razón por la que Barreiro debió ampliar conocimientos y emprender el estudio del francés y la contabilidad.

Es posible estimar que el acuerdo se estableció en marzo de 1870, por dos razones. En primer lugar, el rubro *gastos* de su libreta, registra la compra de varios libros relacionados con ese aprendizaje, a partir de esa fecha: un diccionario *Ollendorf* francés (4 de abril de 1870), un *Télémaco* de Fenelón en francés¹⁷ (22 de junio de 1870), dos gramáticas francesas (27 de agosto de 1870), un manual de conversación (23 de septiembre de 1870) y el libro *Exercices de Grammaire* (29 de noviembre de 1870). En segundo lugar, en marzo de ese año, el patrón elevó el sueldo de Barreiro de \$ 25 a \$ 30.¹⁸

El conocimiento del francés y su práctica, en una sociedad como la montevideana donde los sectores acomodados de la sociedad tenían esta como segunda lengua, no solo le abrió puertas socialmente, sino que le reportó otros beneficios: ascenso en su desempeño laboral, mayor estima de su patrón, a la vez que le preparó en el camino para el trato directo con las empresas editoras en el exterior; experiencia que adquirió en el último año y medio, previo a abrir las puertas de su propia librería.

Con motivo de los noventa años de la empresa, una edición conmemorativa recogía una semblanza, autoría de Benjamín Fernández y Medina:

¹⁷ Fenelón, *Les aventures de Télémaque* [sin datos].

¹⁸ *Archivo Casa Barreiro y Ramos S. A.*, Libreta de ingresos y gastos de Antonio Barreiro y Ramos (17 de marzo 17 de 1870 a 1.º de octubre de 1871), ff. 2 y ss.

Así, en pocos años, adolescente todavía, tenía una base de capital, conocía el medio á fondo, su comercio mejor que todos los que lo ejercían en la ciudad —y se lanzó a la empresa de tener casa propia y relacionarse con editores y libreros de Europa— para servir el interés de las generaciones del presente y del porvenir que él veía claramente adelantar y desenvolverse en progreso infinito, al través del optimismo que, en definitiva, da el éxito á los hombres de más acción y á las empresas más resueltas (Fernández y Medina, 1914: 4).

Es estimable que, desde su ingreso a la administración de la librería Española, las conversaciones entre Barreiro y su patrón avanzaran hacia plasmar en el objetivo del empleado: su propia librería. Ayudará a comprender este paso el aporte de la correspondencia del editor Pablo Salvat (Barcelona) con el librero Andrés Rius (Montevideo) donde se dibujan los rasgos principales del circuito del libro en el continente americano, y concretamente en Montevideo, entre fines del siglo XIX e inicios del siglo XX: a) en cada gran capital existe una librería que domina el mercado y funciona como centro de distribución para los otros libreros, que allí se abastecen de los títulos que buscan sus propios clientes; b) a partir de cierto volumen del negocio, un librero busca controlar la venta de los títulos de mayor aceptación. Así, se generalizó una práctica que consistía en facilitar la instalación de un antiguo empleado que continuaba como *dependiente*, tanto en el plano *financiero* —por la aportación de fondos de su socio comanditario— como en el *comercial*, porque sus pedidos a las editoriales debían armonizarse con los de su socio mayoritario, porque no podía competir con él, rebajando los precios (Castellano, 2010a: 7).

3. 1. 4. UNA VOCACIÓN INDEPENDIENTE

El 11 de diciembre de 1871, Antonio Barreiro y Ramos fundó la librería *La Nacional* (Zubillaga, 1999), que respondía a la firma social Barreiro y Cía. La librería fue el certificado de mayoría de edad empresarial y el galardón que el joven de 21 años adquiría. El emprendimiento lo inició con el concurso de Real y Prado que lo sostuvo como comanditario, como era práctica habitual de los empresarios españoles que generalizaron el régimen comanditario en la comunidad hispana en América.

El archivo de la empresa no conservaba documento alguno como contrato de la sociedad comanditaria, ni como acuerdo de partes ni como registro notarial. Esta situación no era inusual, ya que, tanto en España como en América, el contrato era un acuerdo de mutua confianza y palabra empeñada.

En la constitución de *La Nacional*, la participación principal en el capital correspondía a Real y Prado —socio mayor comanditario— en tanto Antonio Barreiro y Ramos aportó su ahorro, y un plus que incluía su esfuerzo personal y una probada capacidad de iniciativa. La sociedad beneficiaba a ambas partes. Un hombre joven, talentoso y emprendedor, podía convertirse en un peligroso competidor en una plaza pequeña y bien provista de casas importadoras de libros. Es cierto que el capital

ahorrado por Barreiro no era muy grande, si se atiende a sus libros de cuentas.¹⁹ Por otra parte, Guillermo Barreiro y Ortega —el hijo que le sucedería en la conducción de la empresa— ha señalado que: «No contaba con otros recursos que su extremada juventud, su espíritu de empresa y un capital de \$ 800».²⁰

Es estimable que Real y Prado conocía el inconveniente de una actitud distante y de resistencia al proyecto de su empleado al que, en todo caso, podía obstaculizar unos años en su concreción. En cambio, asociándose con él, anticipando el capital que el otro no disponía, no solo eliminaba un rival sino que ganaba un socio en cuyos beneficios participaría.

En cuanto al nombre de la librería, Pivel Devoto rescata el valor del término *nacional*, que Barreiro se propuso para: «diferenciar la suya de tanto matiz extranjerizante —argentina, española, francesa y europea— [...] Barreiro y Ramos la asoció al destino de lo nuestro, a una vocación nacional».²¹

La casa abrió sus puertas inicialmente en un local de 25 de Mayo y Cerro (hoy Bartolomé Mitre), y se trasladó, poco después, a su sede definitiva en 25 de Mayo y Cámaras (actual Juan Carlos Gómez).

3. 1. 5. AGENTE Y REPRESENTANTE DE CASAS EDITORAS

Desde sus comienzos como librero, Barreiro se desempeñó como agente de varias casas editoras. Inicialmente lo hizo subordinado a los hermanos Real y Prado, principalmente a Federico quien, como editor en Madrid y Buenos Aires, había gestado su cuota de participación en las redes empresariales que vinculaban el negocio del libro en los mercados de España e Hispanoamérica.

Tan temprano como el año de apertura de La Nacional, Barreiro participó en estas representaciones y hasta es posible que se ocupara de algunas como agente subordinado, cuando aún era dependiente de Hipólito Real y Prado. La revista *La Ilustración Española y Americana* informaba, en 1871, sobre sus agentes que tenían «la exclusiva en aquellos países para nuestras publicaciones». El registro era amplio, comprendiendo España, Antillas y colonias, América Meridional, América Central, América Septentrional, África, Alemania, Austria, Bélgica, Dinamarca, Francia, Grecia, Holanda, Inglaterra, Italia, Noruega, Portugal, Rusia, Suecia, Suiza y Turquía. En ese universo, figuraba Federico Real y Prado como «comisionado para suscripciones, venta, anuncios y ampliaciones de la Confederación Argentina y Uruguay», contando como sus agentes a «Bonnati, en Buenos-Aires, y Barreiro, en Montevideo».²²

19 Archivo Barreiro y Ramos S. A., Libretas de ingresos y gastos perteneciente a Antonio Barreiro y Ramos, libreta 1: 16 de marzo de 1867 a 16 de marzo de 1870, libreta 2: 17 de marzo de 1870 a 1.º de octubre de 1871.

20 Discurso de Guillermo Barreiro Ortega con motivo del setenta aniversario de la fundación de Barreiro y Ramos S. A., en *Guillermo Barreiro y Ortega, In Memoriam, 1890-1964*, Montevideo: Casa Barreiro y Ramos, s/d, s/n.

21 Pivel Devoto, o. cit., pp. 13-14.

22 *La Ilustración Española y Americana*, año 15, n.º 5, Madrid, 15 de febrero de 1871, p. 88.

La consulta al único libro copiador y una carpeta conteniendo correspondencia no clasificada, que la familia Barreiro conservaba de la etapa del fundador, permiten visualizar algunas de las estrategias impulsadas por el empresario. Esta escasa correspondencia refiere también a su postulación como agente con derechos exclusivos ante varias revistas de alta divulgación en España, de las cuales, algunas comenzaban a conocerse en Hispanoamérica. La fragmentación de esa correspondencia no permite visualizar el período 1871-1914 —fechas correspondientes al inicio de *La Nacional* y de retiro de los hermanos Barreiro de la empresa—; cuándo se iniciaron esos contactos, los términos de los contratos, renovaciones y caducidad. Por otra parte, se trata de las versiones en copiador de las cartas de Barreiro y Ramos, pero no se conservan los archivadores con las notas procedentes del exterior, situación que priva al historiador de la perspectiva completa del diálogo epistolar.

En 1878, inició un contacto con Luis Taboada —administrador de *La Ilustración de Galicia y Asturias*²³— para importar la publicación como agente en el Río de la Plata.²⁴ Ese mismo año acusaba recibo de cuarenta ejemplares del primer número y reiteraba su disposición a representar a la empresa editora. En tanto el libro copiador de la correspondencia incluye únicamente las notas de Barreiro, desconocemos los términos de la respuesta de Taboada. No obstante ese silencio, el texto sugiere que el administrador en Madrid estaba negociando con un librero de Buenos Aires y veía a Montevideo como un mercado subsidiario de la capital vecina y, por tanto, poco estratégico.²⁵

Corresponde también al año 1878 las gestiones ante José del Perojo, editor de la *Revista Contemporánea*, publicada en Madrid entre 1875 y 1907.²⁶ La empresa Barreiro y Ramos no conservaba los libros copiadores siguientes, y no se dispone de información complementaria respecto al éxito de esta gestión.

De 1884 data una carta al director de *La Ilustración Ibérica* —revista catalana publicada en Barcelona, entre 1883 y 1898— en la que solicita la exclusiva para su importación.²⁷ Es posible estimar el éxito de su gestión en función de la nota que escribió poco después a Teodomiro Real y Prado —en Buenos Aires—, invitándolo a sumarse a este emprendimiento.²⁸ Poco antes de que estallara la crisis de 1890, en

23 La revista *La Ilustración de Galicia y Asturias* se publicó en Madrid entre junio de 1878 y enero de 1879, fecha en que se editó como *La Ilustración Gallega y Asturiana*, y a fines de 1881 como *La Ilustración Cantábrica*.

24 Archivo Casa Barreiro y Ramos, libro copiador, *Correspondencia: año 1878*, nota de Antonio Barreiro y Ramos a Luis Taboada, Montevideo, 3 de septiembre de 1878. f. 377.

25 *Ibidem*, nota de Antonio Barreiro y Ramos a Luis Taboada, Montevideo, 19 de diciembre de 1878, f. 482.

26 *Ibidem*, nota de Antonio Barreiro y Ramos a José del Perojo, Montevideo, 19 de diciembre de 1878, f. 480.

27 Archivo Casa Barreiro y Ramos, carpeta de correspondencia, (varios años, sin ordenar), nota de Antonio Barreiro y Ramos a Ramón Molinas, Montevideo, 23 de abril de 1884.

28 *Ibidem*, nota de Antonio Barreiro y Ramos a Teodomiro Real y Prado, Montevideo, 1.º de octubre de 1884.

una carta personal al Dr. Ramírez, manifestaba su interés por incorporar a su mostrador la revista *La España Moderna*.²⁹

Respecto a los libros españoles y franceses, en determinado momento —probablemente cuando el retiro de Hipólito Real y Prado de la sociedad comanditaria—, inició la importación directa, sin clausurar algunas compras ocasionales con libreros de Buenos Aires, principalmente los hermanos Federico y Teodomiro Real y Prado, con quienes mantuvo prolongados vínculos personales y comerciales.³⁰

3. 1. 6. ESTRATEGIAS DE VENTA EN URUGUAY

En calidad de librero y editor realizó una cuidadosa y atenta labor con sus clientes —tanto particulares como instituciones corporativas o con el propio Estado—, manteniendo un servicio de información sobre sus ediciones, las novedades importadas y hasta las oportunidades de ocasión.

La pertenencia a varias redes empresariales y corporativas le proveyó de amistades y facilitó sus negocios. Por un lado, las adquisiciones para varias bibliotecas institucionales. Por otro, las compras que realizaban empresarios y profesionales que formaban parte de esas redes.

En 1887, don Antonio Barreiro dio un paso importante en su ascenso social, cuando fue aceptado como socio activo de la Asociación Rural del Uruguay (ARU).³¹ Esto le abrió las puertas a una elite interesada en innovar en la producción y administrar las fincas con un moderno criterio empresarial. Periódicamente informaba a la Junta Directiva sobre las novedades, en una gama amplia de la agropecuaria (agricultura, zootecnia, maquinaria, administración de fincas rústicas, agroindustrias y otros temas de interés). Algunas situaciones son ilustrativas. En julio de 1894, presentaba a la Junta Directiva de la ARU ejemplares de los códigos uruguayos a buen precio.³² Ese mismo año ofrecía algunos libros:

Se da cuenta que el Sr. Barreiro y Ramos ofrece en venta varias obras de interés para la biblioteca institucional y para los socios: «una sobre Les cereales por C. V. Garola³³ a \$ 2=; el Código de Comercio, a \$ 2=, Manual de la vinificación por V. Martinando³⁴ a \$ 1,50; Traité de comptabilité agricole³⁵, a \$ 3=. Se resolvió adquirirlos.³⁶

29 Ibidem, nota de Antonio Barreiro y Ramos al Dr. Andrés Ramírez, Montevideo, 17 de mayo de 1890.

30 El Dr. Gastón Barreiro Zorrilla conservaba una pequeña fracción del *Archivo de la Casa Barreiro y Ramos* que incluía algunos catálogos de editores extranjeros y varios registros de consultas sobre autores en distintas disciplinas. El material no fue revisado por este autor.

31 Archivo ARU, libro de actas n.º 4, 1885 a 1894, sesión del 28 de mayo de 1887, f. 61.

32 Ibidem, sesión del 23 de julio de 1894, f. 383.

33 Garola, Charles Victor, *Les céréales* (Bibliothèque de l'enseignement agricole), París: Firmin-Didot, 1894.

34 Martinand, V., *Manuel de la vinification*, París: J. Frisctj, 1895.

35 Mignot, J. P., *Traité de Comptabilité Agricole*, París: Librairie Agricole de la Maison Rustique, 1885.

36 Archivo ARU, libro de actas, 1894 a 1901, sesión del 10 de diciembre de 1894, f. 2.

A su vez, las autoridades de la ARU lo conservaron como el librero institucional, al que se consultaba sobre autores y temas de especial interés. En esta perspectiva, fueron numerosas esas instancias así como las adquisiciones realizadas. Fueron temas principales los libros sobre maquinaria agrícola, fruticultura —particularmente viticultura—, olivicultura, administración de fincas rústicas, manuales de agricultura, tratados sobre enfermedades de las plantas —particularmente la filoxera—, actividades industriales vinculadas a la agricultura, jardinería y otras materias que abrían posibilidades para innovar en el agro.

Durante la presidencia de Federico Rómulo Vidiella, se realizó la penúltima compra importante de libros para la biblioteca de la ARU (17 ejemplares). El listado no es completo y, en la mayoría de los datos consta el autor o el título de la publicación, lo que para ser inteligible, hace suponer conversaciones previas sobre esas ediciones existentes en la librería, libros a adquirir a partir de catálogos y entre las últimas novedades.³⁷ La última compra institucional se realizó en 1898, durante la presidencia de Diego Pons, pero no se dispone de información sobre esta.

El conocimiento de un muy amplio y diverso temario, convirtió a Antonio Barreiro y Ramos en asesor al que se confiaban profesionales y empresarios, instituciones y hombres de gobierno, sabiendo que estarían informados de las últimas novedades europeas. Por otra parte, en La Nacional era posible consultar los catálogos de los principales editores españoles y franceses.

Diversas fuentes nos remiten a la biblioteca de Pablo Varzi —que debió reunir entre cien y 150 títulos—, muy menor que la de otros empresarios como los Ameglio, Caviglia o Graffigna. Pablo Varzi, Federico R. Vidiella, Diego Pons y, Antonio Barreiro y Ramos forjaron vínculos en diversas tramas. Una fue la pertenencia a la masonería, y en el caso de los tres primeros al Partido Colorado. De los dos libros de correspondencia de Pablo Varzi no surge un trato íntimo con Barreiro, pero sí próximo y cordial. Varzi fue miembro de la Comisión Antifiloxérica, presidente del Centro de Viticultores y primer presidente de la Unión Industrial Uruguaya. Es posible que el trato entre Barreiro y Varzi se remonte a los años de la Liga Industrial (1879-1888) —de la que ambos fueron socios—, y que continuó en la Unión Industrial Uruguaya, donde ambos asumieron cargos directivos. Varzi fue cliente de La Nacional, y su archivo conserva tres impresos de novedades editados por La Nacional para sus clientes, y dos notas de Varzi, posteriores a 1890, solicitando libros sobre viticultura: los manuales de Föex y Viala³⁸, y de Viala y

37 Archivo ARU, carpetín de correspondencia, enero a junio 1893, listado de libros de interés para la biblioteca de la ARU, devuelto por la librería La Nacional, con indicación de los títulos disponibles y sus precios, 20 de abril de 1893.

38 Föex, Gustave y Viala, Pierre, *Le Mildiou ou Peronospora de la vigne*, Montpellier, Coulet, París: Delahaye, 1885.

Ferrouillat.³⁹ Este último fue traducido por Pablo Varzi para la revista de la ARU y publicado parcialmente.⁴⁰

Francesc Vidiella constituyó una importante biblioteca, especializada en vitivinicultura. El relevamiento de su núcleo originario sobre el tema, en manos de su bisnieto, revela que se integró por un fondo importante de libros y revistas sobre vitivinicultura, que el catalán trajo consigo al retorno de su viaje a Europa en 1873, por la suscripción a algunas publicaciones periódicas de ese origen contratadas en esa estadía, y de varias compras realizadas en La Nacional, según consta en sus respectivos *exlibris*.

3. 1. 7. DE LIBRERO A EDITOR Y PROPIETARIO DE TALLERES GRÁFICOS

La empresa progresó rápidamente bajo la dirección de este pequeño *capitán de industria*. Culminado el proceso de independencia —y retirado don Federico Real y Prado definitivamente de los negocios—, la sociedad se transformó en A. Barreiro y Ramos, que quedó constituida por los hermanos Antonio y Antonio R. Barreiro.⁴¹

La iniciativa precedió y acompañó una secuencia de eventos culturales: las actividades en pro de la enseñanza promovidas por la Sociedad de Amigos de la Educación Popular, la Liga Patriótica de Enseñanza y de otras organizaciones afines; la *reforma* implementada por José Pedro Varela; la reforma universitaria; el florecimiento de la vida intelectual y la fundación del Ateneo, entre otras.

En 1879, asoció a la librería la actividad editorial. Las primeras ediciones, entre 1880 y 1889, enlazaban una maduración del pensamiento nacional con una osada actividad empresaria: *Palmas y Ombúes*, de Magariños Cervantes, *Estudios constitucionales* y *Estudios literarios*, de Francisco Bauzá, *El Poder Legislativo* y *La libertad política*, de Jiménez de Aréchaga, *Los Amores de Marta y Artigas*, de Carlos María Ramírez, *Documentos para la historia de Artigas*, de Clemente Fregeiro, y *Tabaré*, de Juan Zorrilla de San Martín, etcétera (Fernández y Medina, 1914: 5).

En 1881, Antonio Barreiro y Ramos realizó un viaje a Europa para profundizar contactos con libreros, editores y agentes; obtuvo nuevas corresponsalías, y se enriqueció de la experiencia de las principales casas europeas del ramo (Fernández y Medina, 1914: 5). También en esa oportunidad adquirió una imprenta para el establecimiento tipográfico, que instaló en un local contiguo a la librería, sobre la

39 Viala, Pierre y Ferrouillat, Paul, *Manuel Pratique pour le traitement des maladies de la vigne*, Montpellier, C. Coulet: [falta editorial], 1888.

40 La traducción fue publicada en la *Revista de la ARU*, n.º 15, Montevideo, 15 de agosto de 1889, pp. 395-407; n.º 16, Montevideo, 31 de agosto de 1889, pp. 453-57. Este último número anunciaba su continuación, que no se concretó, sea porque Varzi no finalizó la traducción u otra razón no explicitada.

41 «Disertación del Sr. D. Ariosto González sobre el tema “90 años en la vida y cultura del país” en el acto conmemorativo del nonagésimo aniversario de Barreiro y Ramos S.A., el 11 de diciembre de 1961», en *Barreiro y Ramos S.A.: 90 años en la vida y cultura del país, 1871/1961*, Montevideo: Barreiro y Ramos, 1961, s/n.

calle Cámaras.⁴² El establecimiento tipográfico comprendía impresión de libros y encuadernación, litografía e impresiones diversas, y fabricación de libros comerciales, etcétera (Fernández y Medina, 1914: 6).

Luego de ese viaje, en 1884, inició la Biblioteca de Autores Uruguayos.⁴³ Un ambicioso objetivo que se sustentaba, según la memoria familiar, en la sentencia del fundador que apreciaba ser «más difícil durar que triunfar».⁴⁴ Poco antes de su fallecimiento, en un diccionario biográfico de los españoles en Uruguay, se expresaba:

De don Antonio Barreiro y Ramos podrá decirse, como de muchos otros, que el país en su marcha ascendente le ayudó a subir, pero es justicia confesar que él también ayudó poderosa y eficazmente al país, pues quien ayuda a los intelectuales contribuye a formar el alma nacional que es en lo que se funde la grandeza de los pueblos (Valls y Moragues, 1918: 213).

También se involucró en otros emprendimientos culturales: en 1882, inició la publicación de la *Revista del Plata*, ejerciendo su administración (Duarte, 1952: 185).

El joven empresario, dedicado intensamente a las actividades de librería e imprenta, exploró otras posibilidades en el Montevideo de fines de la década de 1880, que invitaba a las inversiones y actividades especulativas. La euforia de la época de Reus no lo contaminó: Barreiro fue un hombre que apostó a negocios más juiciosos, asociándose con el empresario Manuel Lessa en varias inversiones inmobiliarias. A comienzos de 1890, proyectaba un viaje a Europa, que suspendió con motivo de una invitación para invertir. Pero el negocio tuvo sus costos elevados como consecuencia de la crisis que se produjo a mediados de ese año.⁴⁵

Barreiro inició negocios de importación en una empresa que giró bajo la razón Barreiro y Brunengo. En *La Razón* de 1890 aparecía este aviso:

Casa Introdutora de Barreiro y Brunengo. Depósito permanente de artículos de imprenta. Litografía y Encuadernación. Calle 25 de Mayo n.º 321, Montevideo. Vastas existencias en papeles para imprenta y litografía. Únicos representantes autorizados en la República O. del U., de H. Marinoni-Paris, Máquinas de Marinoni, Minerva, Prensa a mano, Máquinas, Piedra y Tinta para Litografía (Duarte, 1952: 282).

La crisis de 1890 —que fue intensa y prolongada— paralizó la obra editorial, que recién se retomó en 1894 con la ficción histórica de Eduardo Acevedo Díaz, *Ismael*, y continuó con *Grito de Gloria*, *Soledad* y *Nativa*, del mismo autor, y el segundo tomo de *Palmas y Ombúes*, de Magariños Cervantes. Estos títulos completaron los 12 primeros tomos de la primera Biblioteca de Autores Uruguayos.

42 Pivel Devoto, o. cit., p. 15.

43 «Disertación del sr. D. Ariosto González, sobre el tema “90 años en la vida y cultura del país” en el acto conmemorativo del nonagésimo aniversario de Barreiro y Ramos S.A., el 11 de diciembre de 1961», en *Barreiro y Ramos S.A.: 90 años en la vida y cultura del país, 1871/1961*, Montevideo: Barreiro y Ramos, 1961, s/n.

44 Barreiro Zorrilla, o. cit.

45 Información brindada por Gastón Barreiro Zorrilla, entrevista realizada: 22/1/1997.

Ese mismo año, y a la manera de programa de lo que debía incorporarse a dicha colección, editó una *Antología uruguaya* —compilada por Benjamín Fernández y Medina— con fragmentos de 33 prosistas nacionales⁴⁶. Entre 1895 y 1897, editó los tres tomos de la versión definitiva de la *Historia de la dominación española en el Uruguay*, de Francisco Bauzá. Al respecto, Pivel Devoto señalaba que este sello editorial quedó asociado «a la obra de los escritores uruguayos que nos legaron la primera visión orgánica de nuestro pasado en sus distintas manifestaciones».⁴⁷

También de fines de la década de 1890, data la incursión en un formato bajo la denominación de *Enciclopedia*, de la que se estima editó un único tomo. En 1893, Barreiro y Ramos comenzó a publicar una serie menor, bajo el título Biblioteca Popular de Historia Nacional, expresando en el prólogo de su autoría:

Sabido es de todos que entre nosotros las obras de carácter histórico no llegan hasta las clases populares, ni menos a manos de la infancia, debido al hecho de ser aquéllas excesivamente costosas, demasiado extensas, al par que su estudio requiere cierta preparación especial que, por desgracia, ni todo el pueblo posee, ni se suministra a la infancia [...]; lo que nos induce a creer que todo empeño hecho en el sentido de difundir la historia patria entre las clases sociales de posición humilde, tendrá buena acogida, por más que esta, por grande que sea, no compense lo bastante la magnitud de la empresa que abordamos (Zubillaga, 1999: 139-145).

El historiador Pivel Devoto, en un balance de los repertorios bibliográficos que nutrían las estanterías y vidrieras de La Nacional —tanto los libros importados como los publicados por Barreiro—, observaba que, desde 1871:

... pasaron por los anaqueles y escaparates de la librería las obras literarias, filosóficas, políticas, sobre temas de derecho y economía, cuyas tendencias respondían al pensamiento de cada época. Los autores representativos del post romanticismo, del realismo, del materialismo y del modernismo literario; los exponentes del eclecticismo filosófico y de las distintas manifestaciones del positivismo, del materialismo y de la posterior renovación espiritualista del liberalismo político y económico; los asomos del intervencionismo, el estatismo y la concepción social de los derechos; del historicismo y el positivismo jurídico y la restauración del derecho natural.⁴⁸

La Librería Nacional progresaba, lentamente, pero con pasos sostenidos y firmes. En 1905, don Antonio pidió a su hijo menor, Guillermo —recién egresado como tenedor de libros del Colegio Sagrada Familia—, un balance de los últimos quince años de la empresa, es decir, a partir de la crisis de 1890. Los resultados, confirmaron la idea que el empresario seguía en la marcha diaria de los vaivenes de los negocios.⁴⁹ Benjamín Fernández y Medina destacaba que sus últimos viajes a Europa, en 1908 y 1912, fueron consagrados por completo «... al estudio de los

46 Pivel Devoto, o. cit., p. 19.

47 Ibidem, p. 20.

48 Pivel Devoto, o. cit., p. 23.

49 Información brindada por Gastón Barreiro Zorrilla, entrevista realizada: 15/12/1995.

progresos de las artes gráficas y á la adquisición de elementos para colocar á los talleres en condiciones de responder á las necesidades del momento presente», pero con una visión de futuro, atento a «la evolución comercial y el adelanto del país» (1914: 7).

Batticuore advierte que en los albores del siglo xx, los avisos y propagandas reemplazaron, en Buenos Aires, el recurso a la suscripción previa para financiar las revistas y los semanarios de moda. Contemporáneamente, hace su aparición y se generaliza el uso de los catálogos por tiendas, grandes almacenes y, también, las librerías. Eran objetos atractivos a los ojos del consumidor, que podía comenzar «a degustar las bondades de un producto a través de su representación icónica». ⁵⁰ Algo más demorada, esta novedad hizo su aparición en Montevideo, la Casa Barreiro y Ramos editó sus primeros catálogos a inicios del novecientos. ⁵¹

3. 1. 8. UNA PROYECCIÓN INTELECTUAL: LA *TERTULIA DE LA NACIONAL*

La ubicación privilegiada de la librería, a la *sombra* de las torres de la Matriz, a ciento cincuenta metros del Cabildo —sede del Poder Legislativo hasta 1925—, y cercana a la Universidad, la convirtió en punto obligado de intelectuales, políticos y escritores. La librería La Nacional se transformó en «hogar de las más famosas tertulias que agrupaban lo más granado de la intelectualidad criolla» (Barreiro Zorrilla, 1914: 1).

De los tiempos viejos: Julio Herrera y Obes, Pedro Bustamante, Luis Melián Lafinur, Juan Carlos Blanco, Juan Zorrilla de San Martín, Aurelio Berro, Justino Jiménez de Aréchaga, Carlos María Ramírez, José Batlle y Ordoñez, Martín C. Martínez, Eugenio Garzón, Martín Aguirre, Antonio Bacchini, Samuel Blixen, Claudio Williman, Joaquín de Salterain y José H. Figueira.

Posteriormente se sumaron Luis Morquio, Jacobo Varela Acevedo, Víctor Pérez Petit, Horacio, Justino y Eduardo Jiménez de Aréchaga, Carlos Roxlo, Luis Alberto de Herrera, Francisco García Santos, Luis y Buenaventura Caviglia, Paulina Luisi, Luis Cincinato Bollo, Miguel Lapeyre, Pablo Blanco Acevedo, Federico Capurro, Julio Raúl Mendilaharsu, César Batlle Pacheco, Rafael Gallinal, Luis Piera, Félix Buxareo Oribe, Alfredo Navarro, Aldo Pérez Olave, Serapio del Castillo, Félix Revello, Juan Andrés Ramírez, Germán Roosen, Carlos y María Eugenia Vaz Ferreira, Juan B. Morelli. ⁵²

Benjamín Fernández y Medina, recordaría años más tarde:

De tantos que pasaron por esa tertulia, unos llegaron á la Presidencia de la República, otros á los Ministerios y al Parlamento. De sus puestos salieron, y volvieron algunos al lugar donde eran «Tribunal de Opinión Pública» antes de ser factores ó dominadores en el mundo gubernativo; otros no reaparecieron, y

50 Batticuore, Graciela, «Lectura y consumo en la cultura argentina de entresiglos». *Estudios*, n.º15, vol. 29, enero-junio de 2007, pp. 123-142.

51 Información brindada por Gastón Barreiro Zorrilla, entrevista realizada: 22/1/1997.

52 Ariosto González, o. cit.

acaso no vuelvan más; los más constantes no son siempre los que leen libros ni los que fueron más duros en la censura y el comentario: Símbolo ó representación en pequeño del Mundo y de la vida (1914: 9).

3. 1. 9. UN BALANCE

La mayoría de los empresarios urbanos (comerciantes, industriales) surgidos de la inmigración, derivaron ahorros hacia las inversiones en inmuebles urbanos y establecimientos agrarios. Antonio Barreiro realizó algunas compras en tierras y, en mayo de 1887, la Junta Directiva de la Asociación Rural del Uruguay lo aceptó como socio activo.⁵³

Antonio Barreiro y Ramos alcanzó importantes desempeños en la actividad pública y privada. Integró el Directorio del Banco República, fue presidente de la Unión Industrial Uruguay-Cámara de Industrias (1906-1907) y del Club Español. Antonio Barreiro y Ramos falleció en Montevideo en 1916.

En 1914, los hermanos Barreiro se retiraron de la firma, permanecieron como socios comanditarios los hijos de Antonio Barreiro y Ramos —Antonio, Samuel y Guillermo—, y los señores Vicente Miguel, y Ricardo Cliché.⁵⁴ Posteriormente, se constituyó como sociedad anónima. En 1924, el capital autorizado de la Casa A. Barreiro y Ramos S. A. era de un millón de pesos (Jacob, 1991: 258-259) y una de las firmas más fuertes del ramo.

FUENTES Y BIBLIOGRAFÍA

ARCHIVOS

CASA BARREIRO Y RAMOS S. A.

Libreta de ingresos y gastos de Antonio Barreiro y Ramos, 16 de marzo de 1867 a 16 de marzo de 1870.

Libreta de ingresos y gastos de Antonio Barreiro y Ramos, 17 de marzo de 1870 a 1.º de octubre de 1871.

Libro copiador (correspondencia año 1878).

Carpeta de correspondencia (varios años, sin ordenar).

Archivo personal del Dr. Gastón Barreiro Zorrilla

BARREIRO ZORRILLA, G., «Don Antonio Barreiro y Ramos: su vida y su obra», documento mecanografiado en papel membretado de la empresa.

PIVEL DEVOTO, JUAN ERNESTO, «La Librería Barreiro y Ramos, 1871/1971. Su fecunda inserción en la historia de la cultura uruguaya», conferencia del profesor don [Juan E. Pivel Devoto] pronunciada en el Salón de Actos de la Cámara de Comercio el 11 de diciembre de 1971, texto mecanografiado.

⁵³ Archivo ARU, libro de actas n.º 4, 1885 a 1894, sesión del 28 de mayo de 1887, f. 61.

⁵⁴ «En el mundo de los negocios. La casa Barreiro y Ramos. Se modifica su constitución», *El Siglo*, 23 de marzo de 1914.

ARCHIVO DE LA ASOCIACIÓN RURAL DEL URUGUAY

Carpetín de correspondencia, enero a junio de 1893.

Libro de actas n.º 4, 1885 a 1894.

Libro de actas, 1894 a 1901.

OTRAS FUENTES

ABAL OLIÚ, ALEJANDRO, FRANCISCO ABAL y UCHA-MARÍA IGNACIA AROSA [texto inédito].

ARCHIVO GENERAL DE LA NACIÓN, *Colección Carlos Casavalle (1544-1904)*, (t. 1), Buenos Aires: Departamento Documentos Escritos, 1996, p. 8, disponible en <<http://www.mininterior.gov.ar/agn/pdf/Casavalle1.pdf>> [última consulta: 21 de junio de 2016].

EMPRESA BARREIRO Y RAMOS S. A., *Librería Nacional y Talleres Gráficos A. Barreiro y Ramos*, Montevideo: Barreiro y Ramos, 1914.

———— *Barreiro y Ramos S.A.: 90 años en la vida y cultura del país, 1871/1961*, Montevideo: Barreiro y Ramos, 1961, s/n.

———— *Guillermo Barreiro y Ortega, In Memoriam, 1890-1964*, Montevideo: Casa Barreiro y Ramos, s/d, s/n.

BIBLIOGRAFÍA

AGUADO, A. (2006), «Políticas culturales e impacto cultural en la Argentina (1880-2000)». *Información, Cultura y Sociedad*, n.º 15, pp. 95-105.

ALONSO VALDÉS, C. (2000), «La inmigración española en Cuba como fuerza de trabajo: 1800-1933», ponencia presentada al *xxii International Congress of the Latin American Studies Association*, Miami, 16 al 18 de marzo, disponible en <<http://lasa.international.pitt.edu/lasa2000/alonsovaldes.pdf>> [última consulta: 22 de junio de 2016].

ALTAMIRA Y CREVEA, R. (1911), *Mi viaje a América*, Madrid: Librería General de Victoriano Suárez.

AUBERT, P. (2005), «Crisis del papel y consecuencias de la industrialización de la prensa (1902-1931)», en DESVOIS, J.-M. (coord.), *Prensa, impresos, lectura en el mundo hispánico contemporáneo: homenaje a Jean-François Botrel*, París: Université Michel de Montaigne Bordeaux 3.

BARBERO, M. I. (2009), «Estrategias de empresarios italianos en Argentina. El Grupo Devoto», *Anuario CEEED*, año 1, n.º 1, Facultad de Ciencias Económicas, Universidad de Buenos Aires, pp. 10-42.

BARTOLUCCI, M. (2001), «De artesanos a empresarios. La formación del pequeño empresariado de la construcción en Mar del Plata, 1900-1935». *Estudios sociales*, n.º 20, pp. 183-197, primer semestre.

BATTICUORE, G. (2007), «Lectura y consumo en la cultura argentina de entresiglos», *Estudios*, n.º 15, vol. 29, pp. 123-142, enero-junio.

BELLO GÓMEZ, F. de J. (2005), «Emigración a México y Capacidad Empresarial a fines del siglo XIX», *Documentos de Trabajo de Economía Aplicada*, Salamanca, n.º 3, vol. 29, pp. 1-30, junio.

———— (2007), «Immigrants and Business Acumen at the Dawn of the Industrialization of Mexico», *Secuencia*, n.º 68, mayo-agosto.

BERETTA CURI, A. (1992), «El proyecto imperial de la burguesía catalana para la América Latina, 1898-1931», en D'ELÍ, G. y otros, *España y América Latina en el siglo XX*, Colección Ediciones del Quinto Centenario, Montevideo: Universidad de la República.

———— y GARCÍA ETCHVERRY, A. (1995), *Los burgueses inmigrantes. El concurso de los italianos en la formación del empresariado urbano uruguayo*, Montevideo: Fin de Siglo.

———— (1998), *Empresarios y gremiales de la industria. Asomándonos a medio siglo de historia: de la Liga Industrial a la Unión Industrial Uruguaya (1879/1928)*, Montevideo: Cámara de Industrias del Uruguay.

- BERETTA CURI, A. (2013), «Del artesanado a los gremios industriales. Liberalismo y tensiones en la constitución de las primeras asociaciones patronales. El caso de la Liga Industrial (1879-1888)», *Revista de Ciencias Sociales*, segunda época, año 5, n.º 24, Universidad Nacional de Quilmes, pp. 87-108.
- (2014), *Inmigración europea e industria. Uruguay en la región, 1870-1914*, Montevideo: CSIC, Universidad de la República.
- BOIX, E. (1920), *El libro en la Argentina. Contribución al estudio sobre el libro español en la América española*, Madrid: Imp. Ministerio de Estado.
- BOTREL, J.-F. (2001), «L'exportation des livres et modèles éditoriaux français en Espagne et en Amérique Latine (1814-1914)», en MICHON, J. y MOLLIER, J.-Y. (dirs.), *Les mutations du livre et de l'édition dans le monde du XVIII^e siècle à l'an 2000*, Québec: Université Laval.
- (2006), «Barcelona y el mercado del libro en el siglo XIX», *Barcelona i els llibres. Els llibres de Barcelona*, Barcelona. Metropolis Mediterrània, n.º 7, disponible en <http://botrel-jean-francois.com/Libro_livre/Barcelona.html> [última consulta: 21 de junio de 2016].
- BUONOCORE, D. (1974), *Libreros, editores e impresores de Buenos Aires*, Buenos Aires: Bowker Editores.
- CAGIAO VILA, P. (2005), «La inmigración gallega en Uruguay (1870-1936)», *Anuario Americanista Europeo*, Salamanca, Redial/Cesial, n.º 3, pp. 93-112.
- CAMOU, M. (1996), *Salarios y costos de vida en el Río de la Plata (1880/1907)*, Documentos de Trabajo, n.º 28, Montevideo: FCS, Universidad de la República, abril.
- CARDOSO, F. H. (1968), «Empresarios industriales y desarrollo nacional en Brasil». *Desarrollo Económico*, n.º 29, vol. 8, pp. 31-60, abril-junio.
- (2013), «La vocación americanista de Gustavo Gili Roig», en GILI, M.; Puente, M. y Rojals, M. (eds.), *Editorial Gustavo Gili. Una historia 1902-2012*, Barcelona: Gustavo Gili.
- CASTELLANO, Ph. (2005), «La distribución de libros en Latinoamérica en vísperas de la Primera Guerra Mundial», en DESVOIS, J.-M. (coord.), *Prensa, impresos, lectura en el mundo hispanoamericano contemporáneo: homenaje a Jean-François Botrel*, París: Université Michel de Montaigne Bordeaux 3, PILAR.
- (2010a), «América: ¿Arcadia para editores españoles?», *Naveg@américa: Revista Electrónica de la Asociación Española de Americanistas*, n.º 5, 2010, disponible en <<http://revistas.um.es/navegamerica/article/view/111371>>, [última consulta: 21 de junio de 2016].
- (2010b) *Dos editores de Barcelona por América Latina. Fernando y Santiago Salvat Espasa*, Epistolario bilingüe: 1912-1914 y 1918-1923, Madrid-Frankfurt: Iberoamericana-Vervuert.
- (2015), «Francia, España, Hispanoamérica: Estrategias editoriales ante el mercado internacional del libro (1900-1914)», *Cahiers de civilisation espagnole contemporaine*, n.º 2, disponible en <<https://ccec.revues.org/5546>> [última consulta: 22 de junio de 2016].
- CEBALLOS, Á. (2008), «Las empresas editoriales de José Abelardo Núñez en Alemania, 1881-1905», *Historia*, n.º 41, vol. 1, pp. 43-62, enero-junio.
- COSTA, M. E. (2009), «De la imprenta al lector. Reseña histórica de la edición de libros y publicaciones periódicas en Buenos Aires (1810-1900)», *Questión, Revista Especializada en Periodismo y Comunicación*, n.º 23, vol. 1.
- CRUZ, M. C. de la (2007), «Divulgación y circulación de impresos en el siglo XIX», ponencia presentada al IV Encuentro Internacional de Historia de la Prensa en Iberoamérica, 1792-1970, Ciudad de México: UNAM.
- CUNHA DE ALMEIDA, P. F. (1992), «A gestão das condições materiais da implantação da indústria gráfica, 1870-1939», *Ensaio FEE*, Porto Alegre, n.º 13, pp. 546-577.

- DALLA CORTE, G. y PRADO, G. H. (2006), «Luces y sombras de dos paradigmas del americanismo español en la renovación del diálogo hispanoamericano (1909-1912)», *Anuario de Estudios Americanos*, Sevilla, n.º 2, vol. 63, pp. 195-216, julio-diciembre.
- DELGADO, V. y ESPÓSITO, F. (2006), «1920-1937. La emergencia del sector moderno», en DE DIEGO, J. L. (dir.), *Editoriales y políticas editoriales en Argentina*, Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.
- DESVOIS, J.-M. (coord.) (2005), *Prensa, impresos, lectura en el mundo hispanoamericano contemporáneo: homenaje a Jean-François Botrel*, París, Université Michel de Montaigne Bordeaux 3, PILAR.
- DEVOTO, F. y PAGANO, N. (2009), *Historia de la historiografía argentina*, Buenos Aires: Sudamericana.
- DUARTE, J. A. (1952), *Dos siglos de publicidad en la historia del Uruguay*, Montevideo: s/e.
- FERNÁNDEZ, A. (2004), *Un «mercado étnico» en el Plata: emigración y exportaciones españolas a la Argentina, 1880-1935*, Madrid: CSIC.
- DEAN, W. (1989), «Industriales y oligarquía en el desarrollo de San Pablo» en CERUTTI, M. y VELLINGA, M. (comps.), *Burguesías e industria en América Latina y Europa meridional*, Madrid: Alianza.
- ESTRADA, B. (1993), «Participación italiana en la industrialización de Chile. Orígenes y evolución hasta 1930», en ESTRADA TURRA, B. (ed.), *Presencia italiana en Chile*, serie Monografías Históricas, n.º 7, Valparaíso: Universidad Católica de Valparaíso.
- Eujanian, A. (1999), *Historia de Revistas Argentinas 1900-1950. La Conquista del Público*, Buenos Aires: Asociación Argentina de Editores de Revistas.
- FARINA, J. M. (1978), *Sociedades comerciales*, Rosario: Zeus.
- FERNÁNDEZ MOYA, M. (1998), «El monopolio del mercado internacional de impresos en castellano en el siglo XIX: Francia, España y la «ruta» de Hispanoamérica», *Bulletin Hispanique*, t. 100, n.º 1, pp. 165-190.
- (2008), «El proceso de internacionalización del sector editorial español», ponencia presentada al IX Congreso Internacional de la Asociación Española de Historia Económica, Murcia: Universidad de Murcia, 9 al 12 de septiembre.
- (2010), «La lengua y la cultura como barreras de entrada: la inversión exterior en el sector editorial argentino, mexicano y español (1900-2009)», *Anuario CEEED*, Facultad de Ciencias Económicas, Universidad de Buenos Aires, año 2, n.º 2, pp. 41-93.
- GAMBOA OJEDA, L. (2008), «Empresarios asturianos de la industria textil de Puebla, 1895-1930», *Dimensión Antropológica*, año 15, vol. 44, pp. 16-55, septiembre-diciembre.
- GILI, M.; PUENTE, M. y ROJALS, M. (2013), *Editorial Gustavo Gili. Una historia 1902-2012*, Barcelona: Gustavo Gili.
- GONZÁLEZ MARTÍNEZ, E. E. (1997), «Café, inmigración y estructura urbana: São Paulo en el siglo XIX y principios del XX», *Anuario de Estudios Americanos*, t. 54, n.º 2.
- GREZ TOSO, S. (1998), «La reivindicación proteccionista artesanal y la constitución del movimiento popular (Chile, 1826-1855)», *Historia Social*, Valencia, Instituto de Historia Social, n.º 31, pp. 89-99.
- (2007), «Los artesanos chilenos del siglo XIX: un proyecto modernizador-democratizador», *Cyber Humanitatis*, Santiago de Chile, Universidad de Chile, n.º 41, disponible en <www.archivochile.com/Ideas_Autores/grezs/grezso019.pdf> [última consulta: 22 de junio de 2016].
- GRANOVETTER, M. (1985), «Economic Action and Social Structure: The Problem of Embeddedness», *American Journal of Sociology*, n.º 3, vol. 91, pp. 481-510, noviembre.
- GRIJALVA DÍAZ, A. I. (2005), «Comerciantes españoles en Guaymas, 1880-1910», *Boletín de El Colegio de Sonora*, año 3, n.º 126, junio, disponible en <<http://www.colson.edu.mx:8080/portales/portales126/portales126.htm>> [última consulta: 6 de junio de 2016].

- HERÉDIA, V. (1997), *O processo de industrialização da zona colonial italiana: estudo de caso da primeira indústria têxtil do Nordeste do estado do Rio Grande do Sul*, Caxias do Sul: Universidade de Caxias do Sul.
- HIRSCHMAN, Ch. y MOGFORD, E. (2009), «Immigration and the American industrial revolution from 1880 to 1920», *Social Science Research*, n.º 38, pp. 897-920.
- JACOB, R. (1991), 1915-1945. *Las otras dinastías*, Montevideo: Proyección.
- KOFMAN, M.; LANCIOTTI, N. y PÉREZ BARREDA, N. (2010), «La industrialización de Santa Fe: condiciones iniciales, factores de crecimiento y cambios estructurales, 1887-1946», ponencia presentada en las *xv Jornadas Investigaciones en la Facultad*, Rosario: Facultad de Ciencias Económicas y Estadística, noviembre.
- LÓPEZ-OCÓN, L. (1987), *Biografía de la «América»: una crónica hispano-americana del liberalismo democrático español (1857-1886)*, Madrid: CSIC.
- MAEZTU, R. DE (2011), *Defensa de la hispanidad*, Madrid: Ediciones Rialp.
- MARQUÉS DOLZ, M. A. (2000), «Capital interno e industrias menores en Cuba (1880-1920)», *Tiempos de América*, n.º 7, pp. 85-97.
- MARTÍNEZ, J. A. (dir.) (2001), *Historia de la edición en España, 1836-1936*, Madrid: Marcial Pons Ediciones de Historia.
- MARTÍNEZ RUS, A. (2000), «La proyección editorial en los mercados americanos (1901-1936)», *Pliegos de Bibliofilia*, n.º 12, 4.º trimestre.
- (2002), «La industria editorial española ante los mercados americanos del libro, 1892-1936», *Hispania: Revista Española de Historia*, n.º 212, vol. 62, pp. 1021-1058.
- MAZA, F. J. J. DE LA; REDONDO CRISTÓBAL, M. y ZÁRATE LOYOLA, M. (2011), «La red familiar de empresas de origen hispano-montañés establecidas en México en el siglo XIX. Aspectos económico-financieros», trabajo presentado al *xvi Congreso AECA*, Granada, septiembre, disponible en <http://www.researchgate.net/publication/265986038_LA_RED_FAMILIAR_DE_EMPRESAS_DE_ORIGEN_HISPANO-MONTAS_ESTABLECIDAS_EN_MXICO_EN_EL_SIGLO_XIX_ASPECTOS_ECONMICO-FINANCIEROS> [última consulta: 20 de junio de 2016].
- MILLOT, J. y BERTINO, M. (1996), *Historia económica del Uruguay, 1860-1910*, t. 2, Montevideo: FCU.
- MOLLIÉ, J.-Y. (2000), «Diffuser les connaissances au XIXe siècle, un exercice délicat», *Romantisme*, pp. 91-101.
- NARANJO OROVIO, C. (1987), *Cuba vista por el emigrante español a la Isla, 1900-1959: un ensayo de historia oral*, Madrid: CSIC.
- ODDONE, J. A. (1966), *La Emigración Europea al Río de la Plata*, Montevideo: Ediciones. de la Banda Oriental.
- (1994), «Italians in Uruguay: Political Participation and Country Consolidation during Mass Immigration», *The Columbus People: Perspectives in Italian Im-migration to the Americas and Australia* Wiley, n.º 3, vol. 11, disponible en <<http://onlinelibrary.wiley.com/doi/10.1111/j.2050-411X.1994.tb00761.x/pdf>>, [última consulta: 22 de junio de 2016].
- O'ROURKE, K. H. y WILLIAMSON, J. G. (2006), *Globalización e historia: la evolución de la economía atlántica en el siglo XIX*, Zaragoza: Prensas Universitarias de Zaragoza.
- ORDÓÑEZ GÓMEZ, N. V. (2008), «Asociaciones e ideología de la colonia española de México», en BLANCO RODRÍGUEZ, J. A. (ed.), *El asociacionismo en la emigración española a América*, Salamanca: UNED, Zamora.
- OSSENBACH SAUTER, G. (1993), «Estado y educación en América Latina a partir de su independencia (siglos XIX y XX)», *Revista Iberoamericana de Educación*, n.º 1, enero-abril.
- PASTORMERLO, S. (2005), «El nacimiento de un mercado editorial en Buenos Aires, 1880-1890», *Orbis Tertius*, año 10, n.º 11, pp. 143-158.
- PEREIRA CASTAÑARES, J. C. (1992), «España e Iberoamérica: un siglo de relaciones (1836-1936)», *Mélanges de la Casa de Velázquez*, t. 28-3, pp. 97-127.

- PRADO, G. H. (2006), «La estrategia americanista de Rafael Altamira tras la derrota del proyecto ovetense (1910-1936). Entre el lobby parlamentario y el refugio académico», en DALLA CORTE, G.; LLUÍS I VIDAL-FOLCH, A. y CAMPS, F. (eds.), *De las independencias al Bicentenario*, Barcelona: Casa Amèrica Catalunya.
- PRADOS DE LA ESCOSURA, L. (1986), «Comercio internacional y modernización económica en la España del siglo XIX», en MARTÍNEZ VARA, T. (ed.), *Mercado y desarrollo económico en la España contemporánea*, Madrid: Siglo XXI.
- ROSOLI, G. (1994), «Italian Emigration to Brazil», *Center for Migration Studies*, special issues, n.º 3, vol. 11, pp. 229-235.
- RUBIO CREMADES, E. (2013), «Hispanoamérica y España a mediados del siglo XIX: el editor Francisco de Paula Mellado y la *Revista Española de Ambos Mundos*», *Anales*, n.º 25, pp. 317-339.
- RUIZ DE GORDEJUELA URQUIJO, J. (2012), «Emigración vasco-navarra a México a mediados del siglo XIX. De Santa Anna a Juárez, 1842-1867», *Vasconia*, n.º 38.
- RUOCCO, D. (1991), *L'Uruguay e gli italiani*, Roma: Società Geografica.
- SAGASTIZÁBAL, L. DE (1995), *La edición de libros en la Argentina: una empresa de cultura*, Buenos Aires: EUDEBA.
- SAMUELLE LAMELA, C. (2000), *La emigración gallega al Río de la Plata*, Santiago de Compostela: Xunta de Galicia.
- SANTIAGO GÓMEZ, A. U. DE (2005), «Editar en Francia, siglo XIX. La «librería española» para América», *Anuario de Investigación*, México: UAM-X.
- (2008), «Siglo XIX: distribuir impresos franceses en América Latina», *Anuario de Investigación*, México: UAM-X, pp. 798-826.
- SOLIMANO, A. (2003), «Migraciones internacionales y mercado de trabajo globalizado: la experiencia latinoamericana», *Revista de la CEPAL*, n.º 80, pp. 55-72, agosto.
- SOUTELO VÁZQUEZ, R. (1999), «Los aspectos microsociales de la emigración gallega a Cuba: Aproximación a sus consecuencias familiares y sociales en la periferia rural de Ourense (1890-1960) a través de los documentos personales», *Historia Contemporánea*, n.º 19, pp. 287-317.
- VIDAL RODRÍGUEZ, J. A. (2006), «Cadenas migratorias locales, nichos laborales y empresariales en el colectivo gallego de Cuba: 1899-1959», *Revista Complutense de Historia de América*, vol. 32, pp. 198-226.
- VILLARES PAZ, R. (1996), *Historia da emigración galega a América. A nosa diáspora da emigración a galeguidade*, Galicia: Xunta de Galicia, Secretaría Xeral de Relacións Coas Comunidades Galegas.
- ZANINI, M. C. y OLIVEIRA SANTOS, M. DE (2009), «O trabalho como “categoria étnica”: um estudo comparativo da ascensão social de imigrantes italianos e seus descendentes no Rio Grande do Sul (1875-1975)», *Revista Interdisciplinar da Mobilidade Humana*, Brasília, año 17, n.º, pp. 175-196, julio-diciembre.
- ZUBILLAGA, C. (1966), *Los gallegos en el Uruguay. Apuntes para una historia de la inmigración gallega hasta fines del siglo XIX*, Montevideo: Banco de Galicia, 1966.
- (1999), «Libreros y editores gallegos en Montevideo», *Madrigal*, n.º 2, pp. 139-145.
- y BALBIS, J. (1988), *Historia del movimiento sindical uruguayo*, t. 3, Montevideo: Ediciones de la Banda Oriental.